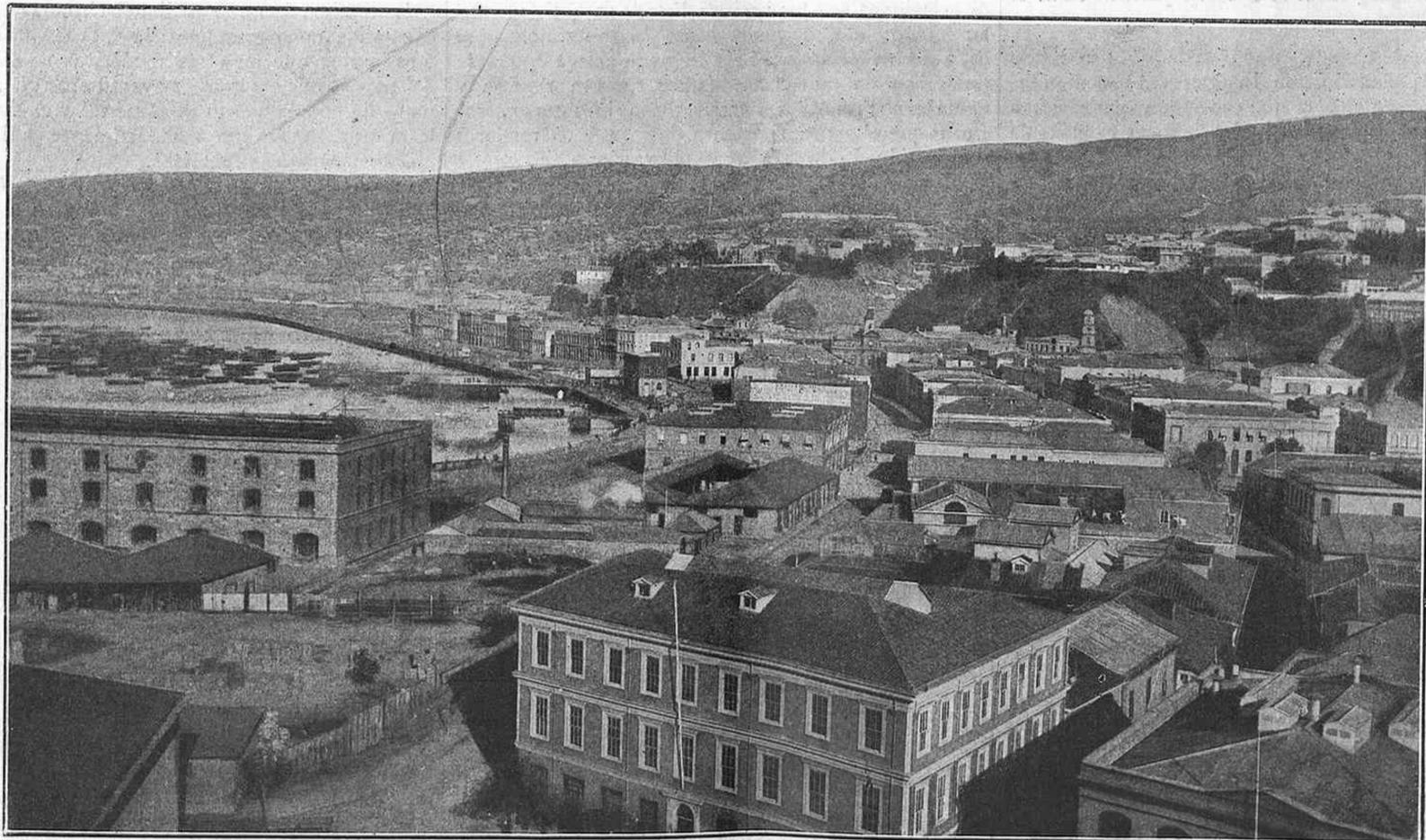


La Ilustración Artística

Año XXV

← BARCELONA 3 DE SEPTIEMBRE DE 1906 →

Núm. 1.288



VALPARAÍSO, RECIENTEMENTE DESTRUÍDA POR UN TERREMOTO. — Vista de la bahía. Vista de la ciudad

(De fotografías de Díaz y Spencer, facilitadas por D. Francisco P. Moas)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie del presente año, que es el precioso libro

Cuentos de una reina

escritos por Carmen Sylva, reina de Rumania, cuya fama literaria es universal.

La traducción española, debida al conocido y reputado escritor D. Pelayo Vizueté, ha sido hecha de la última edición alemana.

Nuestra edición de tan interesante obra, especialmente autorizada por la egregia autora, va ilustrada con un retrato de Carmen Sylva y con numerosos grabados intercalados en el texto, de los artistas alemanes Elías, Fidus y Kado.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Las mujeres en Galdós*, por Angel Guerra. — *La conciencia de Perico*, por C. Ossorio y Gallardo. — *Florescencia antigua. Los palacios del Arte de la Seda y del Arte de la Lana*, por A. Romieux. — *Monumento en memoria de la batalla de las Espuelas de Oro*. — *Nuevo escafandro para las grandes profundidades*. — *Los terremotos de Chile. Destrucción de Valparaíso*. — *San Sebastián. Visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII al crucero chileno «General Baquedano»*. — *Barcelona. Festival infantil en el Tibidabo*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La fuerza del pasado*, novela ilustrada (continuación). — *Temperaturas de las diferentes clases de sombreros*, por H. J. Holmes.

Grabados.—*Valparaíso, recientemente destruido. Vista de la bahía*. — *Vista de la ciudad*. — Dibujo de Cutanda que ilustra el artículo *Las mujeres en Galdós*. — *Victoria*. — *Florescencia antigua. Los palacios del Arte de la Seda y del Arte de la Lana y el tabernáculo de éste*. — *Courtrai (Belgica)*. — *Monumento de la batalla de las Espuelas de Oro*, obra de Devreese. — *El nuevo escafandro Restucci*. — *Vistas fotográficas de Chile y Valparaíso*. — *El crucero chileno «General Baquedano»*. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII á bordo del «General Baquedano»*. — *Barcelona. Festival infantil en el Tibidabo*. — *Circo ecuestre en miniatura*. — *Diferentes clases de sombreros*. — *Gorra escocesa*. — *Gorra para yate ó automóvil*. — *El hereje*, cuadro de Frank Craig.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: tratado de comercio con Inglaterra: la riqueza minera: la insurrección. — **Puerto Rico:** malestar económico: las industrias fabriles. — **América central:** Guatemala, El Salvador y Honduras: tratado de paz: la situación en Costa Rica. — **Perú:** el arbitraje para la cuestión de límites con Colombia: progresos del país: inmigrantes y capitales extranjeros. — **Uruguay:** la inmigración: la colonia española. — **Chile:** el nuevo presidente.

El Senado de Cuba aprobó el tratado de comercio y navegación pactado con Inglaterra. Hizo algunas enmiendas, entre ellas la que preceptúa que ninguna de las partes contratantes podrá invocar la cláusula de nación más favorecida consignada en el tratado, respecto de concesiones recíprocas ó que, por vía de compensación, cualquiera de ellas haga en lo futuro á una tercera potencia.

No hubo, pues, la oposición que se temía por parte de los Estados Unidos, y los hechos han venido á demostrar que la República de Cuba goza de completa libertad para convenir tratados con otras naciones.

Elementos técnicos y financieros de la isla tratan ahora de emprender en gran escala las explotaciones mineras. Existen yacimientos de cobre, oro, plata, hierro, manganeso, plomo, cinc, etc., en varias provincias, especialmente en la de Santiago, que pueden rendir considerables beneficios. A pesar del abandono relativo en que se encuentra esta riqueza, la exportación de minerales de hierro, manganeso y cobre, y de asfalto, se valuó en 1904 en 1.362.700 pesetas.

Pero la paz pública es garantía y condición indispensable para el desarrollo de las industrias mineras, de la producción agrícola y del comercio exterior. Por desgracia para Cuba, las últimas noticias de allí recibidas en Europa son poco satisfactorias desde ese punto de vista. Hay revolución, sostenida principalmente por la gente de color, y la acaudillan hombres que lograron mucho prestigio durante la guerra de independencia. Los mismos que combatieron á España combaten ahora el gobierno de Cuba libre.

Otra vez nos da cuenta de la situación de Puerto Rico, en informe oficial de mayo último, el cónsul de España en San Juan, D. Enrique de Vedia.

El señalado progreso que se nota en la producción de azúcar y tabaco no satisface ni puede satisfacer á la generalidad de los habitantes de la isla, porque nada se ha hecho, hasta ahora, por el café—producto que constituye el gran núcleo de la riqueza pública,—y sigue, por consiguiente, el malestar económico en el país. Hoy, muy poco más del veinte por ciento del terreno plantado de cafetos está cultivado; centenares de acres de aquellos que, algunos años hace, constituían la mayor parte de la riqueza de la isla, se hallan abandonados, y van convirtiéndose en maleza envuelta por lianas tropicales.

Existen, pues, actualmente, capitales que no producen nada; capitales que representan una riqueza muerta para el país, y que están llamados á desaparecer totalmente, por el abandono que ha sucedido al desconcierto económico que operó el cambio de dominación. Propiedades que valen de sesenta á setenta dólares por acre, se ofrecen hoy por quince ó veinte, y con frecuencia se subastan las fincas para el pago de la contribución ó del dinero á que han sido hipotecadas.

En las industrias fabriles obsérvase cierta animación, gracias á los capitales españoles. La Compañía industrial de Santurce ha establecido una fábrica de fósforos, y tiene en proyecto otras instalaciones diversas, donde podrán encontrar trabajo muchos de los obreros que hoy viven en la mayor indigencia.

Como ya indicamos en la anterior *Revista*, terminó la guerra entre Guatemala y El Salvador. El tratado de paz contiene bases generales según las que los ejércitos debían retirarse de las fronteras; se recomienda una amnistía para todos los perseguidos ó procesados políticos, y se conviene en establecer una serie y formal vigilancia de los emigrados, negociar en breve plazo tratados de amistad, comercio y navegación y someter las cuestiones que en lo sucesivo pudieran surgir al arbitraje del presidente de los Estados Unidos mexicanos ó del de la Unión norteamericana.

En el tratado intervino también Honduras, y se hizo con la sanción moral de las potencias mediadoras y de Nicaragua y Costa Rica. Trátase ahora de renovar los acuerdos de confraternidad entre las cinco repúblicas centro-americanas. Buena falta hace, porque los últimos sucesos han producido general disgusto y los ánimos siguen un tanto sobreexcitados en Honduras, Guatemala y El Salvador.

Hay que procurar que los hechos no vengán á desmentir, á los pocos días ó meses, lo que en documentos oficiales y públicos se consigna. Así, por ejemplo, en la Memoria en que el Ministro de Gobernación y Fomento de El Salvador daba cuenta, en marzo último, de los actos del Poder ejecutivo, hacíase constar que gracias al estado de paz y tranquilidad que reinaba en el país, no había que preocuparse «en previsiones contra la tirantez ó ruptura de relaciones con los vecinos Estados.» Satisface notar—añadía el documento á que nos referimos—que cada día va alejándose más «aquella aciaga época de trastornos en que consumíamos nuestra riqueza y agotábamos nuestras energías, acaso sin obtener otros frutos que el acrecentamiento de intestinos rencores y el justificado descrédito en el exterior.»

También el Ministro de Hacienda y Comercio de Costa Rica, en la Memoria que en mayo presentó al Congreso, al señalar las causas del bienestar económico del país, cita como una de ellas la paz absoluta de que ha gozado la República. Durante los últimos cuatro años, el costarricense y el extranjero residente en el país han podido dedicarse con entera libertad y confianza al cultivo del suelo, al desarrollo de las industrias, al incremento, pues, de la riqueza nacional, sin que acto alguno del gobierno haya ido á perturbar la faena bienhechora; antes el contrario, recibiendo de continuo los pueblos pruebas fehacientes de la protección del gobernante á las vías de comunicación por donde puedan circular los frutos de zonas privilegiadas, y avivarse, por lo tanto, la actividad y producción nacionales.

S. S. Pío X ha aceptado el nombramiento de árbitro para fallar en la cuestión de límites entre Perú y Colombia; pero á condición de que ambas repúblicas retirasen sus tropas de la zona en litigio. Así se ha hecho, mediante convenio entre uno y otro Estado.

El territorio peruano es uno de los más ricos de América bajo todos conceptos, y de año en año va mejorando su situación económica y financiera. Aumenta el comercio exterior, crecen los ingresos del Estado y se da gran impulso á las obras públicas. El presidente, en su último Mensaje, recomienda que se haga un empréstito para construir ferrocarriles.

El desarrollo y explotación de todas las fuentes de

riqueza del país, minería, agricultura, caminos, etc., exigen capitales y brazos. Aquéllos no faltan; conseguir éstos en breve plazo, ya es más difícil. Como dice el Dr. D. Luis Pesce en reciente notable libro publicado en Lima, *Indígenas é inmigrantes en el Perú*, el problema más vital del país, aumento y mejoramiento de su población, se debe resolver atendiendo, simultáneamente, al fomento de sus factores intrínsecos y extrínsecos, que son: por una parte, la higienización del país, la educación é instrucción de las masas, la regeneración de los indígenas, y por otra, la inmigración extranjera.

El Perú ofrece un campo rico, inmenso y suficientemente preparado para recibir una vasta corriente de hombres y capitales; pero esa corriente debe ir á instalarse, de preferencia, en la zona marítima y en la zona amazónica, y desde allí infiltrarse después, en progresión ascendente, hacia las sierras y montañas. El Perú no puede dedicarse hoy ni á la colonización ni á la inmigración oficial; debe limitarse á trabajos preparatorios de índole general, y á favorecer la iniciativa particular en lo que concierne á la inmigración libre y espontánea.

Ábranse amplia y juiciosamente—dice el Sr. Pesce—las puertas y los brazos, á fin de que vengán en buena hora á estas tierras americanas, que tanto necesitan poblarse y desarrollarse, todos los hombres sanos y de buena voluntad, cualquiera que sea la raza, nación ó casta social de que formen parte, y cualquiera que sea su credo político ó religioso; pues todos hallarán en ellas ancho y tranquilo campo para sus energías y aptitudes y provechosa y segura colocación para cuanto dinero quieran invertir en su suelo, industrias y comercio.

En otro reciente informe oficial, el del cónsul de España en Montevideo, se hacen interesantes observaciones acerca de la inmigración en el Uruguay. Aquí tampoco hay acción directa del gobierno para atraer inmigrantes. No se conceden tierras, ni útiles para el trabajo, transporte al interior ni alojamiento gratuito en los primeros días de la llegada, como ocurre en otros países americanos. El emigrante, desde el momento en que desembarca, sólo puede contar con sus propias fuerzas y recursos hasta que logra encontrar colocación. Los que se dedican á trabajos manuales, con facilidad hallan trabajo bien remunerado; también pueden encontrarlo los dependientes de comercio si se resignan á comenzar su profesión por los grados más modestos y á ejercerla fuera de la capital. Por el contrario, los que van en busca de un empleo burocrático, ó los que provistos de título académico se proponen ejercer allí su profesión, deben contar de antemano con un fracaso inevitable. La empleomanía ha cundido en América lo mismo que en Europa, y para revalidar los títulos se tropieza con tantas dificultades, que aun los más obstinados llegan á desistir de su propósito.

La inmigración que recibe el Uruguay es, aunque constante, poco numerosa; la falta de los beneficios ó estímulos que en otras repúblicas se ofrece, aleja del país á esos emigrantes aventureros que, con completo desconocimiento de América y empujados por la miseria, son los que más fácilmente se dejan seducir por promesas y reclamos.

Refiriéndose á nuestros compatriotas, dícenos el cónsul que los españoles que emigran al Uruguay, casi todos oriundos de Galicia, son genta modesta, trabajadora y práctica, que van con propósito perfectamente definido, conocen ya las condiciones del país, pues la mayor parte tienen familia allí establecida, y encuentran colocación segura á su llegada. A tales circunstancias se deben el bienestar y prosperidad de la colonia española del Uruguay.

El 18 del actual mes de septiembre substituirá al Sr. Riesco en la presidencia de la República de Chile el Sr. D. Pedro Montt, elegido para tan alto cargo en junio último.

El nuevo presidente es oriundo de familia catalana, ampurdanesa, y descendiente (creemos que es hijo) del insigne D. Manuel Montt, que de 1851 á 1861 presidió la República y cimentó sobre sólidas bases el engrandecimiento y prosperidad de Chile.

Puntos fundamentales del programa político y administrativo del Sr. Montt son el restablecimiento del valor de la moneda, la promulgación de leyes protectoras del trabajo y el fomento de las obras públicas y de la instrucción popular. Pero el tremendo desastre que acaba de sufrir Chile ha de obligarle á dedicar, por ahora, preferente atención al remedio de los daños causados por el terremoto, tomando, sin pérdida de momento, cuantas disposiciones sean necesarias para restaurar la riqueza perdida y levantar el espíritu del país.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Llega con su traje blanco de novia



LAS MUJERES EN GALDÓS

VICTORIA

La noble casa está en ruina. Las deudas, á causa de despilfarros continuos, han dado en tierra hasta con el crédito, después de dejar vacía el arca. Más que este desplome de la riqueza, adviértese en el ruinoso estado de la noble casa un desplome moral. No hay allí una voluntad que se imponga y resuelva la crisis económica: no hay un «carácter» con bríos espirituales suficientes á reconstruir un hogar nuevo. ¿Cómo sacrificar aquellos seres frívolos, tocados de mundana vacuidad, con empuje heroico, vanidades, honores, toda esa bambolla externa, lacra moral, apariencias sociales en desacuerdo con las realidades penosas de la vida? No responden á un sentido lógico; no se compenetran, identificándose por fuera con el interior, estas existencias parasitarias. No tienen el ímpetu necesario para triunfar, almas pasivas que se dejan arrastrar, sin alientos de lucha, al azar de los tristes destinos.

La casa de los padres de María Victoria es una «casa de muñecas.»

La ruina inminente no despierta, en todos los seres que la constituyen, más que una desolación sin tregua. Sumisos á la desgracia sobrevenida, no buscan remedio á ella en el propio esfuerzo salvador. Fían el logro de las esperanzas á contingencias extrañas.

¿Cómo salvar el crédito, y con él el holgar de la familia y hasta la honra de la casa? ¡Perplejidad espantosa! Piénsase entonces en un remedio heroico. Allí está *Pepet*. Fué criado en la casa, y con soberano esfuerzo de voluntad, andando como los viejos esclavos bajo el látigo del negrero, ha logrado dineros y hacienda. Es rico, es bueno. No debe haber olvidado los favores que recibiera antaño, en sus días de pobreza, cuando en su rostro sentía el caliente salivazo con que las niñas lo burlaban, ni los golpes con que éstas, como si fuera bestia mansa, herían sus hercúleas espaldas.

Grave es el caso. El orgullo hidalgo resientese en estos señores al tener que limosnear auxilios de los antiguos siervos, ahora enriquecidos. Mas fuerza es intentarlo. Se pedirá el dinero á préstamo, forma pudibunda con que la miseria noble enmascara su deshonra desnuda. Y se pide.

¿Cómo? ¿Niégase aquel villano de ayer, becerro de oro hoy, á salvar la ruina de aquella casa? Bien afrentosos son los pretextos de su negativa. No quiere malgastar su dinero en mantener el ocioso holgar, la vanidad de abolengo, la bambolla ridícula de gentes que carecen del sentido de vivir. Costó llenar las talegas muchas fatigas para malgastarlas en lustrar blasones, nuevamente, y en próxima fecha, vueltos á caer en ruina.

amor, sino un ansia de vanidad. Desposar una de las niñas es pasión que desarma su codicia, desglosa su carácter, rinde sus ferezas y pone un punto de transigente desinterés en sus afanes de avaro irreductible.

A la demanda del noble, responde con su petición en regla. ¡Tremendo conflicto! ¿Cómo resolverlo?

Quebranto sufre el honor de la casa y menoscabo es para la estirpe allanarse. *Pepet* ha hecho elección en la mayor de las niñas. Con invencible escrúpulo rechaza ésta la pretensión enojosa. Sería ella, aceptando, la salvación de la casa; pero su orgullo no resiste esta prueba heroica, no tiene en el alma esa virtud de los sacrificios santos. Última ilusión que resta á aquellos seres, la ven, con la negativa, desvanecerse, y la tribulación con caracteres trágicos de irremediables desesperanzas, llena el hogar en desplome.

En esos momentos tristes, María Victoria hace su entrada. Llega con su traje blanco de novia, solemne el andar, gallardo el continente; bajo las tocas sus ojos miran humildes hacia la tierra y en las pálidas manos de virgen trae la palma simbólica del día de Ramos. Tiene algo de visión bíblica, de aquella paloma con el ramo de oliva que anuncia la paz.

Alma grande la de Victoria, comprende la excelstitud del sacrificio, y en holocausto de los suyos, por salvarlos, quizás por redimirlos, renuncia á ilusiones gratas, á amores místicos, y llegada la hora tremenda de poner á prueba el temple de su espíritu, con abnegado arranque acepta el sacrificio. Se casa con *Pepet*.

Ya están frente á frente. Sumisa, sencilla, sin más armas que su alto idealismo y su amor, comienza la lucha para domar al monstruo.

Aspero, apegado á la querencia de los bienes materiales, con un recio sentido positivista de la vida, sin que libres y desinteresados ideales muevan su alma, *Pepet* resiste también y lucha con desesperado ímpetu. Poco á poco va cediendo.

Primero son los cariños hondos de aquella mujer los que doman sus airadas rebeldías; más tarde el sentimiento paterno, que al nacer el hijo hacen retoñar en el interior de *Pepet* emociones puras, hondos afectos, amores entrañables superiores en intensidad á las pequeñas miserias y codicias de la vida. Es, á la postre, un hombre nuevo. La fiera está domada y se entrega humilde á las caricias de la gentil domadora. Nuevo triunfo del eterno femenino. ¡Siempre el amor ha redimido las almas!

Pepet ha llegado á las mansedumbres santas, no á violencia, sino de un modo evolutivo, por la transformación de su carácter, por la crisis de sus sentimientos. Basta para ello la lenta influencia de un espíritu superior como el de Victoria, lleno de ternuras, ingenuamente delicado, pronto al bien, con amor de amar.

No ha puesto ella en esta conquista ardides de psi-

co, ni siquiera sugerencias artificiosas en que triunfaran sus encantos externos de mujer.

co, ni siquiera sugerencias artificiosas en que triunfaran sus encantos externos de mujer.

Su éxito en el empeño no sería entonces tan grande. No intriga; no se insinúa. Ama, y con esto sobra en su espléndida sencillez.

¿Quién ha vencido? No se puede afirmar. En el amor no hay triunfos.

¿Qué es Victoria? Sin duda un ejemplar de la «mujer fuerte.» Más que la debilidad del espíritu que cede al sacrificio, por pasiva resignación á los ajenos consejos, hay que advertir en sus actos cierta energía de acción, algo de afirmación de una fe en las propias fuerzas, temple acerado de voluntad. Sin confianza en la virtualidad de su destino en la vida, sin la plena visión de una conquista cierta en lo futuro, indudablemente no aceptaría en tan desventajosas condiciones para su naturaleza de mujer, débil, inferior en esfuerzos, la lucha con aquel *Pepet*, rebelde á toda disciplina espiritual, enérgico en la pasión, indómito en su individualismo irreductible y de combate. Y ella no es vencida. Si careciese de voluntad, á los primeros inútiles esfuerzos en la lucha se declararía desarmada. Mas hay en su interior un aliento prepotente, dinamismo espiritual vigoroso, que temple los ánimos y á cada revés los hace cobrar nuevos y más intensos bríos.

¿Con qué armas lucha? No es la belleza del cuerpo, los divinos mirares de sus ojos, la gentileza sin par, el gallardo hechizo, cuanto la humana hermosura amasó en sus carnes. Belleza que pasa con los años, la pasión que despierta, el tedio y la fatiga la enfrían.

Hay en Victoria una belleza espiritual mil veces más seductora que la de sus encantos corporales. Aquella simplicidad de alma, ingenua, bondadosa, que se derrama en cariños tenaces, tan débil en su compleción, es fuerte en estas luchas de caracteres contrarios, porque su misma debilidad despierta la piedad, luego la simpatía, después el amor.

En *Pepet* el renacer de cariños con honda raigambre en el alma, que se sobrepone á todos los demás groseros estímulos que encierra, es lo que lo entrega sin ferezas, como un niño.

Tiene por añadidura Victoria una alta significación social y una representación suprema en la vida. Simboliza el idealismo, la belleza, la espiritualidad que triunfan siempre del positivismo, de las bajas pasiones, de las pequeñas miserias humanas. Convierte el amor activo como se extrae el oro de la escoria, los ruines instintos y los sentimientos perversos, modificándolos, depurándolos, en sanos afectos y en virtudes santas. Los moldea á su imagen y semejanza. Pisando la tierra, sabe también remontarse á los cielos.

Contento de amar, pasión del bien, el mísero barro, á su contacto, parece que vive con eterna vida, y la flaca naturaleza de los humanos seres como que, con el aliento de un ideal que seguir, alborza las tristezas de sus destinos. Por esa virtualidad espiritualista, reviste soberana grandeza. Sólo las almas grandes lo comprenden y lo sienten.

Es la poesía de la vida.

Hermosa, como la visión de la dulce *Ofelia* que á lo largo de las trágicas desolaciones de *Hámlet*, loca y cogiendo flores, pasa, amando y cantando, Victoria, *bianco vestita*, con la palma triunfal en las manos, entra en el paterno hogar, en horas de tribulación infinita, y sus ojos dulces, con mirar de mística, se incendian de amor. ¡Ella, más tarde, flor de poesía, ráfaga de espiritualidad, pasa también, amando y cantando, á través de las cóleras y de las rebeldías intencionalmente brutales de *Pepet*!

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)

LA CONCIENCIA DE PERICO

No puede caberme la menor duda de que Perico, mi antiguo amigo Perico, mi querido amigacho Perico, era un ser original, dotado de grandes y envidiables condiciones para salir á flote en el mar proceloso de la existencia, en el que las rocas y escollos abundan tanto que constituyen un verdadero peligro para quienes por él navegan sin la debida preparación y sin la experiencia, madre de la ciencia, necesaria.

Desde pequeñuelo mostró á sus maestros y condiscípulos cualidades extraordinarias, que á nosotros, sus compinches de aula, nos producían una inocente envidia y á los catedráticos les hacía exclamar entre preocupados por el porvenir del muchacho y acaso envidiosos por el mismo:

—Este muchacho llegará muy lejos.

¡Y tan lejos como llegó!

A poco de separarnos, terminado que hubo el curso que juntos estudiábamos en la Universidad Central, el hombre, ó por mejor decir, el hombrecillo, de la noche á la mañana se emancipó *motu proprio*, proporcionando un disgusto mayúsculo á sus padres, que no sabían explicarse por dónde ni cómo se había penetrado en el alma del joven el espíritu aventurero que indicaba semejante escapatoria, sin justificación, pretexto ni excusa, y desapareció de Madrid de forma igual, como si un fenómeno sísmico le hubiera tragado.

Pasaron los días, los meses y aun los años y las consecuencias de aquella calaverada seguían en el mayor de los misterios, pues nadie supo del muchacho, por más que muchos lo procuramos, ni él por su parte tuvo el capricho de dar á los demás mortales señales de su vida, explicación de su conducta ó siquiera las señas de su nuevo domicilio, por más que todos estábamos conformes en considerar que éste no estaría ni cercano ni asequible.

¿Qué fué de Perico? ¿Qué suerte corrió Perico? ¿Cuáles eran los planes de Perico?

Cada una de estas interrogaciones que durante algún tiempo nos hacíamos los que le conocíamos y aún apreciábamos, fueron contestadas indefectiblemente con un elocuente encogimiento de hombros ó una desdeñosa contracción de labios.

Era un naufrago más en el vaivén mundanal, y á los naufragos la humanidad los olvida pronto.

Pronto olvidamos todos á Perico. ¿No habría hecho él lo propio con todos los que inconsideradamente abandonó? Era una reciprocidad tan justa como lógica.

Pero á veces los que son tenidos como víctimas de las olas, son por ellas, ondulantes, inquietas, rumorosas y caritativas, devueltos á la tierra de donde partieron, y así sucedió con nuestro héroe.

Era una tarde de primavera, tranquila, calentona y perfumada.

Barcelona estaba convertida en un vergel de flores, y para que los desocupados pudieran regodearse con sus encantos, admirando de paso el flujo y reflujos de caras bonitas y cuerpos salerosos que en marea constante circulaba por las Ramblas haciendo competencia en frescura y colores á las rosas que en artísticos bouquets se apiñaban debajo de los inmensos parasoles, cafés y cervecerías habían sacado sus mesas de mármol y sus sillas de caña á las aceras, como invitando al transeunte para un rato de descanso y como diciéndole:

—Párate, ¡oh paseante!, quien quiera que seas; párate y goza de los encantos con que te brindo desde este mirador sin igual, á cambio de un jarro de cerveza ó una copa de ajeno.

Fuí débil y acepté aquella muda pero elocuente invitación, tomando asiento en torno de una mesilla que ya estaba ocupada por un caballero de porte distinguido, aunque algo *vastaguero*; alhajado quizás demasiado ostensiblemente, con un aire de fatuidad simpática, estudiadamente ameno y en grado sumo galante. Me hizo un sitio al momento, quitando de una silla que á su lado estaba un enorme y costoso *jipi japa*, que se caló en la sesera, sin demostrar la menor contrariedad por el inesperado abrigo que le daba.

Con una franqueza y familiaridad inusitada en la ciudad de los condes, pronto aquella galantería superficial fué la base de una conversación larga, tirada y amena. Se notaba á la legua que el hombre quería expansionarse con el primero que se lo consintiese, y en breve, tras las inevitables exclamaciones de «¡Qué calorcito hace!, ¿eh?..» «¡Caramba y qué mujerío hay por esta tierra!..» «Usted no es de aquí, ¿verdad?..» «Yo he desembarcado hoy mismo...» que lo mismo podían ser el comienzo de un sablazo, los preliminares de un timo ó el lazo tendido para embaucar á un incauto con que aumentar el contingente de *habitués* á cualquier chimbirimba, la conversación adquirió mayores notas de franqueza.

Decididamente mi vecino era un hombre encantador, y entretenidos en amena charla, piropeando á cuanta buena moza pasaba por nuestro lado, hablando á ratos de amor y á ratos de política, cuando de literatura y cuando de esas mil superfluidades con que se esmaltan las conversaciones que se sostienen con personas que no sabemos quiénes son, transcurrió rato más largo del que decorosamente puede emplearse saboreando el amargor de la ausencia ó refrescando el gaznate con la espuma plateada de la bebida de Gambrinus.

Simpatizamos. ¿Qué de particular tiene esto? La simpatía, como el amor, penetra en nosotros á veces como el rayo del sol por el cristal. Simpatizamos, y él, como hombre mundano que no teme ofrecerse ni estrechar su diestra con el primer advenedizo que le sale al paso, aun con el firme propósito de no volverse á acordar de él en el resto de su vida, al ver que yo me disponía á abandonar su compañía, se levantó exquisitamente diciéndome:

—Caballero..., como le he explicado á usted, estoy solo y solo vivo en Barcelona... No sé hasta cuándo será..., de todos modos, si mi amistad no le molesta, se la ofrezco sincera y en el hotel... tal me tiene á sus órdenes. Pedro del Sobral...

¡Oh! Pedro del Sobral... Pedro del Sobral... ¿No se llamaba Sobral nuestro antiguo y desaparecido Perico? Indudablemente.

En un instante acudió á mi memoria un mundo de recuerdos... Sentí placer, un verdadero placer ante aquel encuentro inesperado. ¿No os ha pasado nunca cosa análoga? Pues os juro que constituye un emocionante y simpático momento.

Al oír aquel nombre le insinué mis agradables temores de que él fuera el antiguo camarada que pensé no volver jamás á ver, y después de breves explicaciones dedujimos que, en realidad, los vaivenes mundanales habían vuelto á juntar á quienes los mundanales vaivenes habían separado. Y tras un fuerte y cariñoso abrazo, vinieron las explicaciones íntimas, los recuerdos que nunca se olvidan cualesquiera que sean los trasiegos de la suerte, las remembranzas del pasado, las inquietudes por el porvenir...

—Te soy deudor, me dijo, de una amplia explicación de mi conducta... Yo no podía vivir entre las estrecheces de mi familia, á la que, á pesar de haber disgustado como lo hice, quería mucho. Quizás por lo mucho que la quería me acongojaba ver los sacrificios á que mi sostenimiento y educación la obligaban... Sentía deseos de volar, de volar mucho, de ver mundo y explotarle, de pelear denodadamente contra la desgracia pícara y abordar lleno de resolución la conquista de la fortuna... Con una pequeña cantidad que gané en el cafetín que había enfrente de la Universidad, me consideré capaz de desafiar al mundo y ganarle la partida, y con un valor

que hubiera pasmado al mismo Hernán Cortés, me embarqué para los Estados Unidos. La floreciente República me brindaba con sus portentosas iniciativas, sus capitales famosos, sus hombres aventureros y simpáticos, y hacia los Estados Unidos me dirigí, henchido de esperanzas y pletórico de ilusiones. ¿No habían otros desdichados como yo hallado las más envidiables riquezas? ¿Por qué no había de seguir yo sus huellas? Pero la fortuna no me fué propicia en los primeros momentos y me vi obligado á desempeñar todo género de oficios, aun los más humildes. ¡Hasta he limpiado botas, aquellas botas inmensas de los yanquis gigantes, que gastan cada una media caja de betún!.. Pero comprenderás que no iba yo á amilanarme por betún más ó menos, y así pude esperar hasta obtener una decorosa colocación en casa de Mr. Hamilton, S. en C., de la cual salía todo el bacalao podrido con que se hacía la ilusión de que se nutría una tercera parte de la población de Chicago. ¡Aquello era un lento pero continuo envenenamiento de la humanidad! Y por tales medios aquella sociedad en comandita obtenía ganancias fabulosas, incalculables, capaces de tentar la codicia de otro menos predispuesto á la aventura que yo... Y me tentó: te lo confieso con cierto rubor. Mr. Hamilton había depositado en mí gran parte de su confianza, aunque no toda, hombre conocedor como era de la fragilidad humana. Una confianza relativa que cierto día de fiesta puso en mis manos pecadoras la suma de cincuenta mil dólares... No pude resistir, amigo mío, á la tentación, y apoderándome de aquella suma partí inmediatamente para la Argentina, donde me creí á salvo de mis principales, quienes recibieron de mí, eso sí, una cortés epístola de despedida, con el formal ofrecimiento de que si las cosas me iban como yo proyectaba, algún día les reembolsaría aquella cantidad, que para ellos era una nonada que podrían compensar con sólo vender una partida de bacalao que por estar en extremo averiado se había pensado arrojar al mar, y que para mí habría de ser la base de mi fortuna y de mi porvenir. Mr. Hamilton consideró mi conducta como la más natural del mundo, pues él había en sus mocedades procedido de idéntica manera en el primer establecimiento en que prestó sus servicios, y ni se



FLORENCIA ANTIGUA. — EL PALACIO DEL ARTE DE LA SEDA. En el fondo, á la derecha se ve el Palacio de los capitanes de los Guelfos; á la izquierda, la iglesia de San Blas. (De fotografía de Lolli, remitida por Augusto Romieux.)

impresión por el desfallo ni se inquietó por averiguar mi paradero: conducta noble y levantada que bien merecía mi agradecimiento eterno y mi compensación futura. Te la explicaré. Una vez en la República Argentina, mi espíritu emprendedor obtuvo el galardón esperado, y mi crédito, mi negocio y por lo tanto mi capital fueron creciendo como la espuma... En pocos años, á pesar de no ser hombre yo aficionado á escaseces, tacañerías ni miserias, pude acumular una fortuna considerable..., que pongo á tu disposición.
—¡Tantas gracias!

ambiciones que en mí se despertaron ante la riqueza de la casa que usted regentaba, y al efecto ruego á usted acepte los adjuntos 25.000 dólares que á su nombre ó el de sus herederos le incluyo. Creo que merecerá mi conducta su aprobación y con ella volverá á ser feliz su hasta el presente desgraciado amigo *Pedro del Sobral.*»

—¡Admirable, amigo, dije al terminar la lectura, admirable!.. Así se portan los hombres que quieren borrar con una acción digna sus antiguas y acaso inconscientes calaveradas.

—¿Verdad?

—De corazón te felicito... Pero..., oye..., una duda: la cantidad con que habías desaparecido, ¿no importaba el doble?

—Sin duda; pero esos otros 25.000 dólares me los reservo ¡hasta que de nuevo me vuelva á remorder la conciencia!..

C. OSSORIO Y GALLARDO.



FLORENCIA ANTIGUA. — EL PALACIO DEL ARTE DE LA LANA

—Pero, chico, la conciencia es un gusanillo que no deja de molestar aun á los más curtidos é insensibles, y conforme iba ganando dinero, me iba dando cuenta de la gravedad de mi conducta y la falta de corrección con que procedí en Chicago... Debo y quiero confesarte que, no obstante mi especial manera de ver los hechos de las personas y de la espléndida generosidad con que disculpo y perdono sus desaciertos y sus locuras, mi deuda con mis confiados principales llegó á atormentarme, á no dejarme dormir tranquilo, á ser mi único pensamiento y mi obsesión única. Cada hombre lleva en su propia conciencia su juez más inexorable, su verdugo más tirano... Cada moneda que llegaba á mis manos me parecía que me acusaba de ladrón y que me quemaba para que la arrojase lejos de mí, como indigno de poseerla... Aquella vida me llegó á ser imposible; ¡cuántas veces eché de menos mis miserias de otros tiempos y mis apuros de cuando éramos tú y yo compañeros en la misma Universidad!.. Iba por la calle y me parecía que todo el mundo me señalaba con el dedo; asistía á un teatro y siempre temía hallarme por compañero de butaca á Mr. Hamilton; penetraba en un café y el vecino de al lado, el de enfrente, el de detrás, todos, todos se me mostraban con el aire acusador con que sin duda se me hubiera presentado el propio yanqui... ¿No te ha ocurrido al día siguiente de un baile de máscaras el figurarte que todas las mujeres que pasaban por tu lado eran las mismas que en el baile habías visto envueltas en sus capuchones?.. Pues para mí toda la vida era un perpetuo carnaval y cuantos seres me rodeaban otros tantos fiscales de mi conducta, otros tantos torturadores de mi conciencia... Como comprendes, la situación que á mí mismo me había creado era por completo insostenible, abrumadora, aplastante... Llegué á pensar en el suicidio...

—¡Tú!

—Sí, amigo mío... Dios te libre de tales amarguras y tales pesadumbres.

—Pero todo ello, me atreví á replicarle, tenía un remedio sencillísimo...

—¿La restitución, verdad?.. A ella confié el alivio de mis penas y mis quebrantos y... mira; todavía llevo aquí en la cartera el borrador de la carta que ha devuelto la tranquilidad á mi espíritu, la alegría á mi existencia, la felicidad á mi alma...

El borrador decía así:

«Mr. Hamilton: Ignoro si usted vive y, en este caso, si se acuerda del infeliz dependiente á quien su casa recibió como hijo y de la infame conducta con que pagué todas sus bondades. Pero deseoso de descargar mi conciencia y de volver á merecer, ya que no su confianza personal, su perdón, habiendo cambiado radicalmente mis medios de vida, quiero asegurar la tranquilidad de ésta subsanando mi falta, hija de las circunstancias y acaso de la miseria y tal vez de las



EL TABERNÁCULO DEL PALACIO DEL ARTE DE LA LANA
(De fotografías de Alinari, remitidas por A. Romieux)

desde los puntos de vista histórico ó artístico. Esta última es la que cuenta con mayor número de partidarios, así entre la gente del pueblo como entre los intelectuales, y gracias á ella han podido salvarse y ser restaurados algunos importantes monumentos, entre los cuales merecen especial mención los palacios del Arte de la Seda y del Arte de la Lana.

En el período del apogeo comercial de Florencia, es decir desde 1300 á 1600, cada rama de la industria tenía su corporación oficial y cada corporación su residencia; pero de todas ellas las de las industrias sedera y lanera eran las más florecientes y numerosas y las que contaban con mejores edificios propios.

El Palacio del Arte de la Seda data del siglo XVI, y aunque se halla en muy mal estado, tiene elementos bastantes para que los arquitectos, con ayuda de los documentos antiguos, puedan realizar con buen éxito su completa restauración. Hasta hace poco estaba casi escondido entre casuchas del viejo casco; pero las obras de reforma llevadas á cabo lo dejaron al descubierto, y con él quedaron al descubierto también otros dos edificios histórica y artísticamente importantes: el Palacio de los capitanes de los Güelfos (el que se ve en el fondo, á la derecha, en la fotografía de la página anterior), y la antiquísima iglesia de San Blas (el que se ve en el fondo, á la izquierda).

El Palacio de los capitanes de los Güelfos es una construcción también del siglo xv hecha por Francisco delle Lune, según los planos de Brunelesco, y es el verdadero tipo de los palacios del tiempo de la prosperidad mercantil de Florencia, tipo caracterizado por la azotea. El interés histórico de este edificio consiste en haber sido durante muchos años residencia de los jefes del partido güelfo, que tanta influencia tuvo en la historia de la República florentina.

La iglesia de San Blas nada ofrece de particular interés en el sentido artístico; lo tiene únicamente por su mucha antigüedad, pues con el nombre de Santa María fué la primera capilla que los cristianos erigieron en Florencia, en el sitio en donde estaban las termas romanas.

El Palacio de la Lana fué construído á fines del siglo xiii, y después de un largo período de prosperidad, hubo de pasar por varias vicisitudes y de sufrir algunas desgraciadas restauraciones. Hasta 1890 estuvo, como el Palacio del Arte de la Seda, escondido entre las casuchas del centro de la ciudad; en el citado año, en que se decretó la reforma, fué adquirido por el Municipio, con el propósito de restaurarlo una vez más. Este proyecto de restauración fué muy combatido; pero en junio de 1903 la Sociedad Dantesca Italiana compró el edificio, lo restauró por completo y estableció en él su domicilio oficial. El estado en que se hallaba el palacio, á consecuencia de las alteraciones exterior é interiormente sufridas en el transcurso del tiempo, obligó á la citada Sociedad á emprender una obra larga y minuciosa, que se encargó al profesor Enrique Lussini. La parte superior del edificio es casi la misma antigua, pues apenas se restauraron en ella más que algunos pormenores; la inferior ha sido reconstruída según las tradiciones y los elementos recogidos en documentos antiguos.

En uno de los ángulos del edificio, se ha colocado la antigua obra de arte conocida con el nombre de *Tabernáculo de la Virgen de la Tromba*; este tabernáculo, que data del siglo xiv y cuya pintura es de Jacopo da Tassentino, es muy popular, gracias á la circunstancia de que delante de él rezaban por última vez los condenados á muerte. Durante mucho tiempo, esa obra se guardó en el Palacio de la Signoría.

La inauguración de ese monumento, después de su restauración, se efectuó hace poco con gran solemnidad y varias fiestas populares.

A. ROMIEUX.

MONUMENTO EN MEMORIA DE LA BATALLA DE LAS ESPUELAS DE ORO.

Dueño de Flandes, Felipe el Hermoso, rey de Francia, en vez de conquistarse el afecto de los países nuevamente conquistados, púsolos bajo el gobierno de Jacobo de Chatillón, hombre ávido é insolente que con sus exacciones y vejaciones tiránicas exasperó á los flamencos, tan amantes de sus privilegios y de sus libertades. Quejáronse los ciudadanos de Brujas, y el gobernador mandó prender á treinta jefes de oficios y corporaciones; amotinóse entonces el pueblo, é invadiendo el castillo en donde estaban encerrados, puso en libertad á los prisioneros. Chatillón entró en Brujas en

17 de mayo de 1302 al frente de 1.500 hombres, amenazando á los habitantes con terribles castigos, pero á la mañana siguiente, los soldados franceses, alojados en las casas de la ciudad, fueron sorprendidos

Declarada la guerra, Juliers puso sitio á la ciudad de Cassel, cuando supo que Roberto de Artois avanzaba sobre Courtrai con un ejército formidable, compuesto de 47.500 hombres y del que formaban parte casi todos los grandes barones del reino, que habían acudido al llamamiento de Felipe el Hermoso, atraídos por el cebo del rico botín que esperaban conquistar en Flandes. Guillermo de Juliers replegóse inmediatamente sobre Courtrai y con su tío Guido de Namur concertaron el plan de campaña, y aunque sólo contaban con 20.000 hombres, burgueses y artesanos en su inmensa mayoría, resolvieron aceptar el combate, resueltos á vencer ó á morir.

Libróse la batalla el día 11 de julio de 1302 y en ella obtuvieron los flamencos una victoria brillantísima, poniendo en fuga á los enemigos, después de una encarnizada lucha en la que perecieron los más ilustres señores franceses, entre ellos Roberto de Artois, el condestable de Francia; Godofredo, duque de Brabante, y su hijo; Pedro Flotte, canciller de Francia; el gobernador de Flandes, Jacobo de Chatillón; los condes de Tancarville, Eu, Aumale, Dreux, Dammartin, Soissons y Vienne y multitud de otros nobles pertenecientes á las principales familias del reino.

La circunstancia de haber perecido en aquella batalla la flor y nata de la nobleza de Francia hizo que se la denominara la batalla de las Espuelas de Oro.

En conmemoración de tal victoria, la ciudad de Brujas ha erigido el monumento que adjunto reproducimos y que es obra del escultor Devreese. Sobre un amplio pedestal álzase una matrona que representa Flandes, blandiendo con su mano izquierda una lanza y apoyando la derecha en el león, una de cuyas garras pisotea un trozo de cadena. En la cara anterior del pedestal y al pie de los escudos de Courtrai y de Brujas, léese esta inscripción: «*Courtrai. Bataille des Eperons d'or. 11 Juillet 1302*»; en la cara posterior está grabado el antiguo grito de guerra

de los flamencos «*Flandre au lion!*», y en una de las caras laterales hay dos guerreros armados de todas las armas. Al pie del pedestal yace la estatua de Roberto de Artois, vestido con su armadura, empuñando una espada rota y cubierto el cuerpo con un manto sembrado de flores de lis, noble tributo de admiración al ilustre adversario que murió heroicamente en la batalla.

NUEVO ESCAFANDRO PARA LAS GRANDES PROFUNDIDADES.

Un maquinista de la Marina real italiana, el Sr. Restucci, oriundo de Nápoles, ha realizado recientemente algunos ensayos con un nuevo escafandro metálico de su invención. El aparato es de hierro, tiene un centímetro de grueso y sus dimensiones son tales que puede contener á un hombre de pie dejándole una relativa libertad de movimientos; es de forma cilíndrica con el extremo superior casi esférico y provisto de lentes que permiten explorar el fondo del mar en todas direcciones.

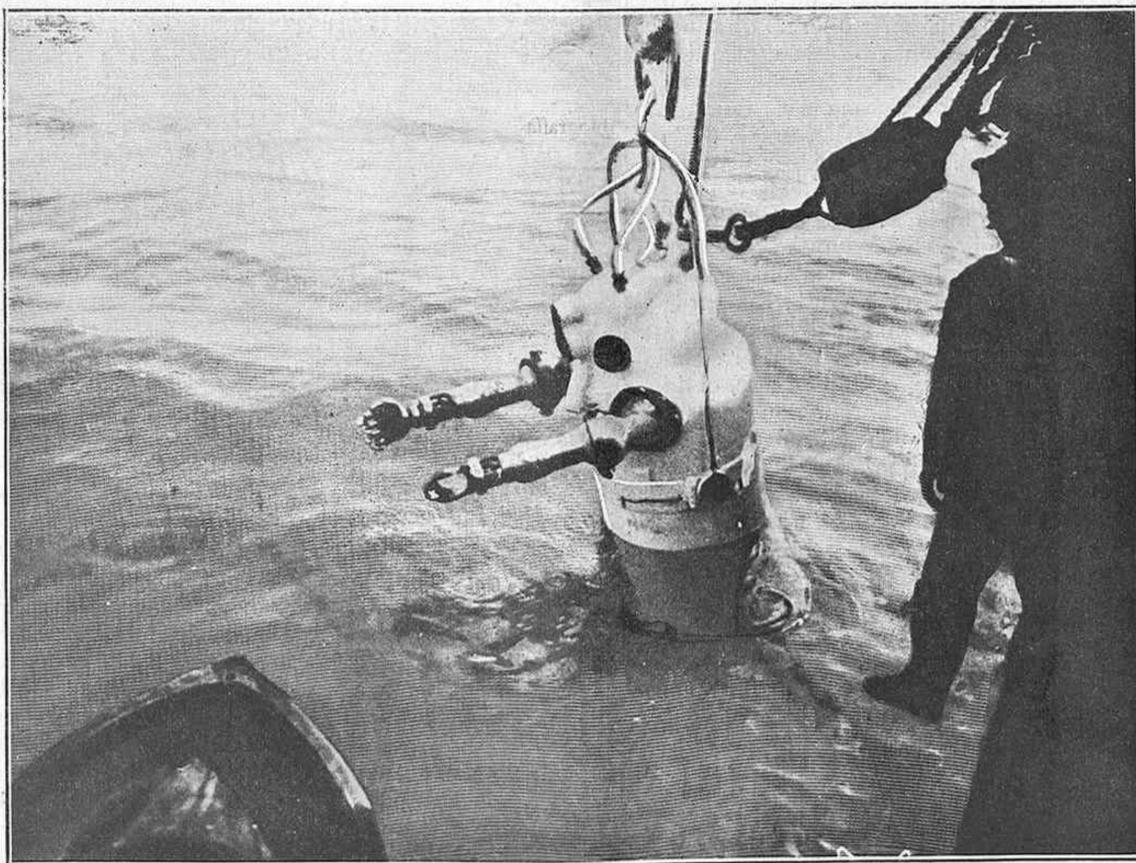
Lo más ingenioso de ese escafandro es la construcción de los dos brazos de bronce, enteramente parecidos á los



COURTRAI (BÉLGICA). — MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA BATALLA DE LAS ESPUELAS DE ORO, recientemente inaugurado, obra del escultor Devreese. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

mientras dormían y asesinados. A esa matanza se le ha dado el nombre de los *Maitines de Brujas*, que han sido comparados con las *Visperas sicilianas*.

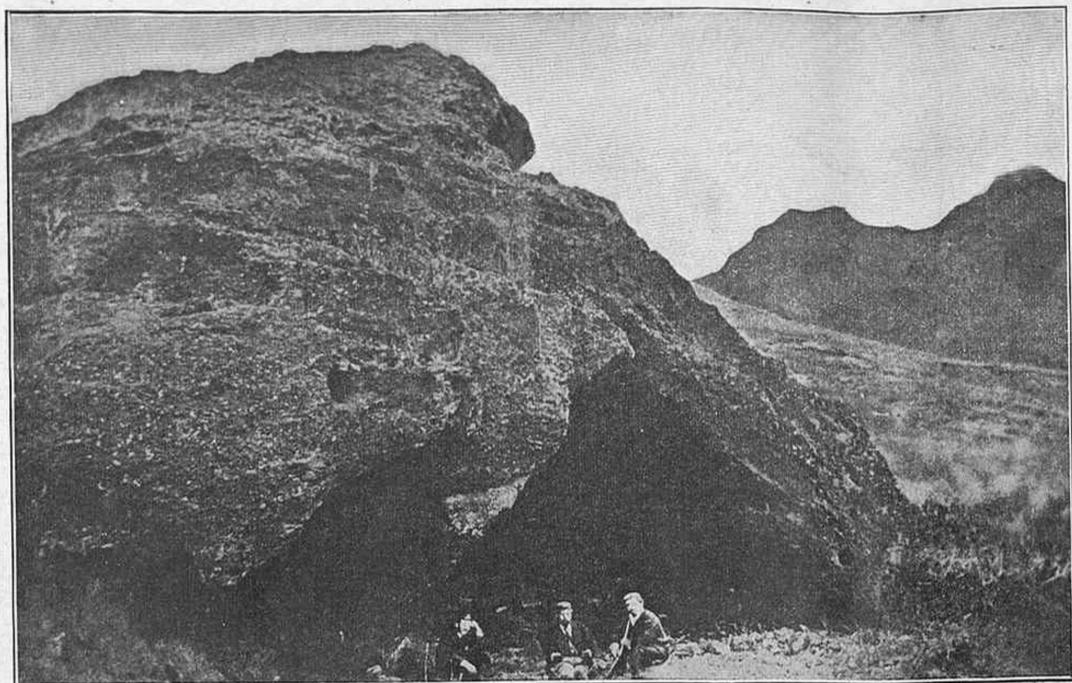
Después de esto, no había que esperar gracia de Felipe, y los brujenses, comprendiéndolo así, procu-



EL NUEVO ESCAFANDRO RESTUCCI PARA EXPLORAR LAS GRANDES PROFUNDIDADES SUBMARINAS. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

braron arrastrar en su rebelión á los demás flamencos y nombraron jefe á Guillermo de Juliers.

brazos humanos: el antebrazo es articulado, la mano derecha tiene dedos dotados de los mismos movi-



Chile.— La isla de Juan Fernández que ha desaparecido á consecuencia de los terremotos. Cueva en donde vivió enteramente solo durante cerca de cinco años Alejandro Selkirk, que sirvió de héroe para la famosa novela de Daniel Foe *Robinson Crusoe*. (De fotografía.)

La primera sacudida sintióse allí á las ocho de la noche del 16 de agosto último y sus efectos fueron terribles, habiéndose desplomado con gran estrépito multitud de edificios, entre cuyas ruinas quedaron sepultados gran número de habitantes. Aún fué más fuerte la que se dejó sentir pocos minutos después, que completó la obra destructora de la anterior y á la que siguió casi inmediatamente el incendio. Las llamas surgieron simultáneamente en varios puntos de la ciudad, destruyendo innumerables edificios que el terremoto había respetado.

El barrio del Almendral ha quedado reducido á un montón de escombros; la avenida del Brasil ha sido en su mayor parte destruída, lo propio que las calles Esmeralda, Blanco y Candelle, y las plazas del Orden y Prat. Entre los principales edificios arruinados cítanse el teatro Victoria, el teatro Nacional, las Casas Consistoriales, el palacio Edwards, la Intendencia, el Círculo Naval, el Club 13 de septiembre, las iglesias del Espíritu Santo y de la Merced y el establecimiento de los Hermanos franceses.

Desde los primeros momentos quedaron totalmente interrumpidas las comunicaciones por haberse roto las líneas telegráficas y telefónicas y haber sufrido grandes desperfectos todos los puentes y túneles del ferrocarril de Santiago á los Andes.

En cuanto se sintieron las primeras sacudidas, los habitantes de Valparaíso, presa de indecible pánico, se refugiaron en las colinas, en donde fueron inmediatamente socorridos por el gobierno, que se apresuró á enviar víveres, tropas y todos los auxilios necesarios.

El número de muertos se calcula que asciende á cinco mil. Las pérdidas materiales se estiman en 250 millones de pesetas.

Como en San Francisco de California, no faltaron criminales que se aprovecharon del desastre para entregarse al saqueo de los edificios y al despojo de los cadáveres; contra ellos adoptaron las autoridades medidas rigurosísimas, por virtud de las cuales fueron fusilados, previo juicio sumarísimo, más de 150.



Valparaíso.—El monumento de la Marina. (De fotografía de Díaz y Spencer, facilitada por D. Francisco P. Moas.)

mientos que los del hombre, y la izquierda está substituída por unas tenazas y unas tijeras.

El interior del aparato contiene una pequeña lámpara eléctrica con la que se puede iluminar un determinado espacio en el fondo del mar.

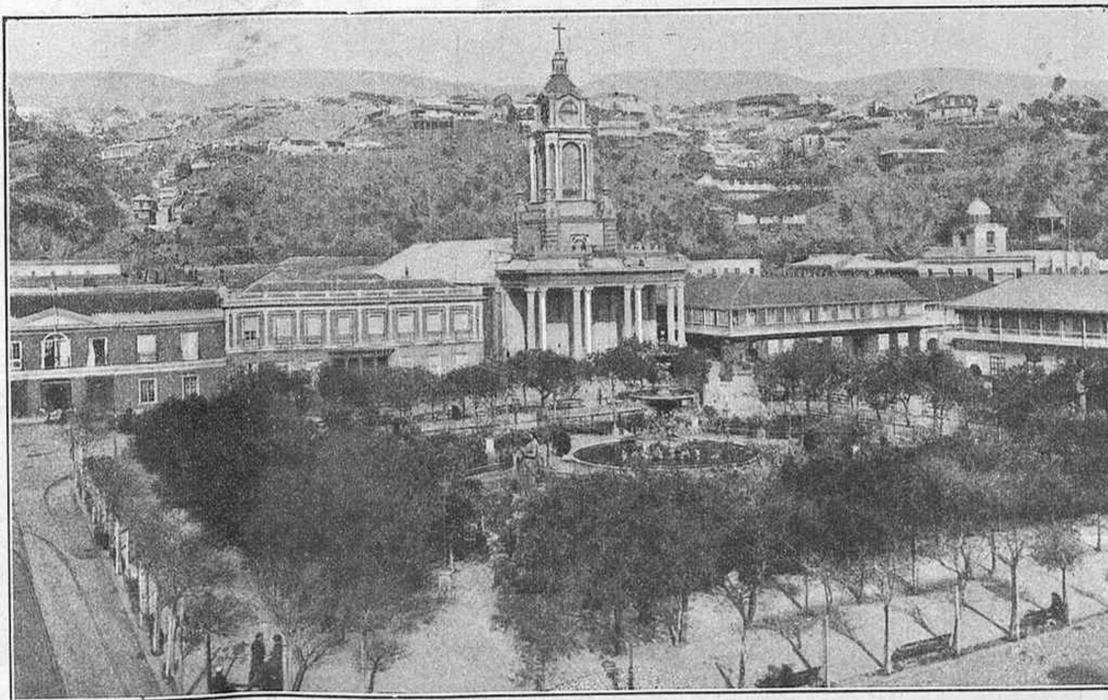
El buzo se comunica con el buque de escolta por medio de un teléfono; un aparato especial le proporciona el aire necesario, haciendo posible su permanencia durante mucho tiempo debajo del agua.

El escafandro Restucci ha dado ya resultados prácticos, puesto que ha servido para encontrar en el mar Negro un buque ruso que se fué á pique cerca de Balaclava durante la guerra de Crimea con un cargamento de 45 millones en oro. En vista del éxito hasta ahora obtenido, el gobierno ruso repetirá las pruebas á fin de poder determinar los medios de recobrar tan precioso tesoro.—C. A.

LOS TERREMOTOS DE CHILE

DESTRUCCIÓN DE VALPARAÍSO

Apenas desvanecida la horrible impresión producida por el terremoto de San Francisco de California, una nueva catástrofe del mismo género ha devastado multitud de poblaciones en el otro extremo del continente americano, en la República de Chile. Valparaíso, Santiago, Mendoza, Quillota, Melipilla, San Fernando, Casa Blanca, Concepción, Talca, Llai-Llai, Los Andes, San Felipe y algunas más han sufrido daños importantes á causa del fenómeno sísmico; pero en donde esos daños han revestido proporciones más espantosas ha sido en la ciudad de Valparaíso.

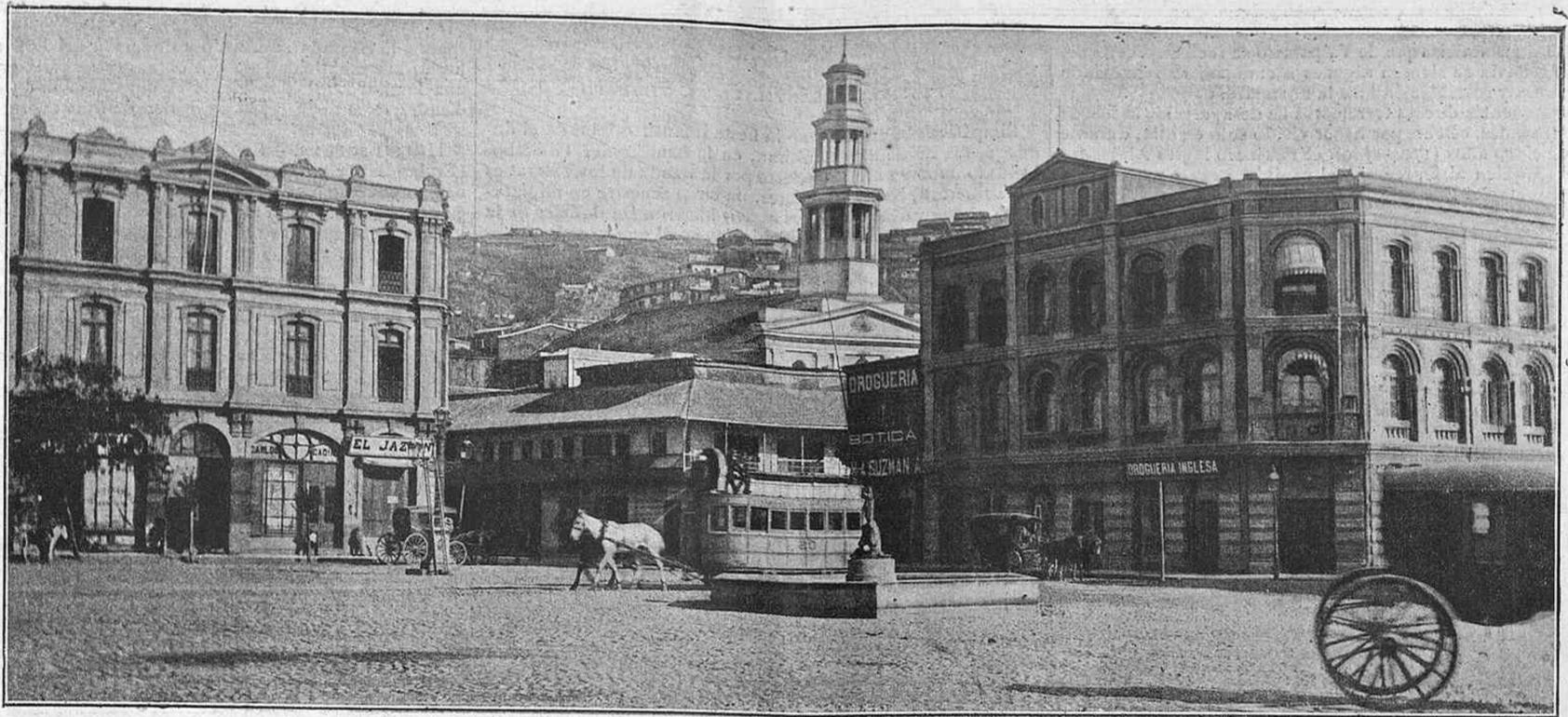


Valparaíso.—Plaza de la Victoria

(De fotografía de Díaz y Spencer, facilitada por D. Francisco P. Moas.)



VALPARAISO, RECIENTEMENTE DESTRUÍDA POR UN TERREMOTO
CALLE DE SAN JUAN DE DIOS.—CALLE DE ARTURO PRAT.—TEATRO DE LA VICTORIA. (De fotografías de Díaz y Spencer, facilitadas por D. Francisco P. Moas.)

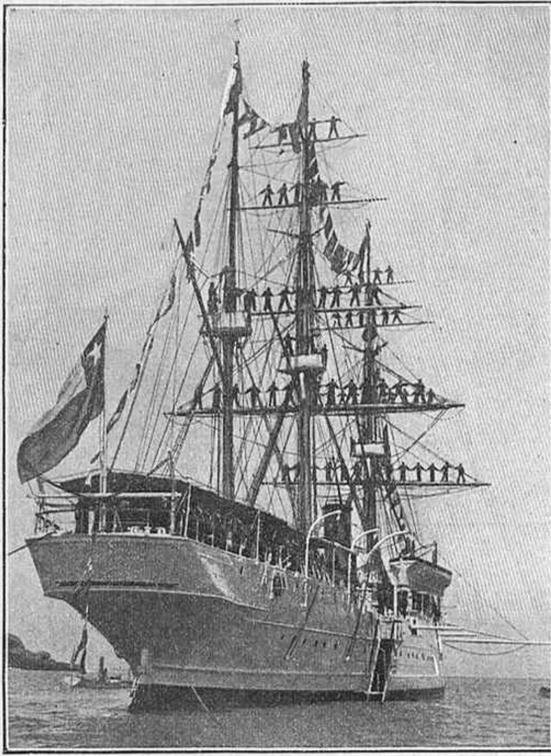


VALPARAÍSO, RECIENTEMENTE DESTRUIDA POR UN TERREMOTO

PLAZA DE ECHAURREN.—CALLE BLANCO.—CALLE ESMERALDA. (De fotografías de Díaz y Spencer, facilitadas por D. Francisco P. Moas.)

Las últimas noticias que de Valparaíso se reciben dicen que, aunque todavía se sienten algunas sacudidas, va renaciendo la confianza y restableciéndose la normalidad.

A consecuencia de esos terremotos ha desaparecido la isla de Juan Fernández, célebre por haber vivido solo en ella, durante cerca de cinco años (1704-1709), el marinero inglés Alejandro Selkirk, á quien al fin recogió el capitán Rogers y que sirvió de héroe á Daniel Foe para su famosa novela *Robinson Crusoe*.



SAN SEBASTIÁN. — El crucero chileno «General Baquedano», buque escuela de guardias marinas, engalanado con motivo de la visita que le hizo S. M. el rey D. Alfonso XIII el día 27 de agosto último. (De fotografía de Frederic.)

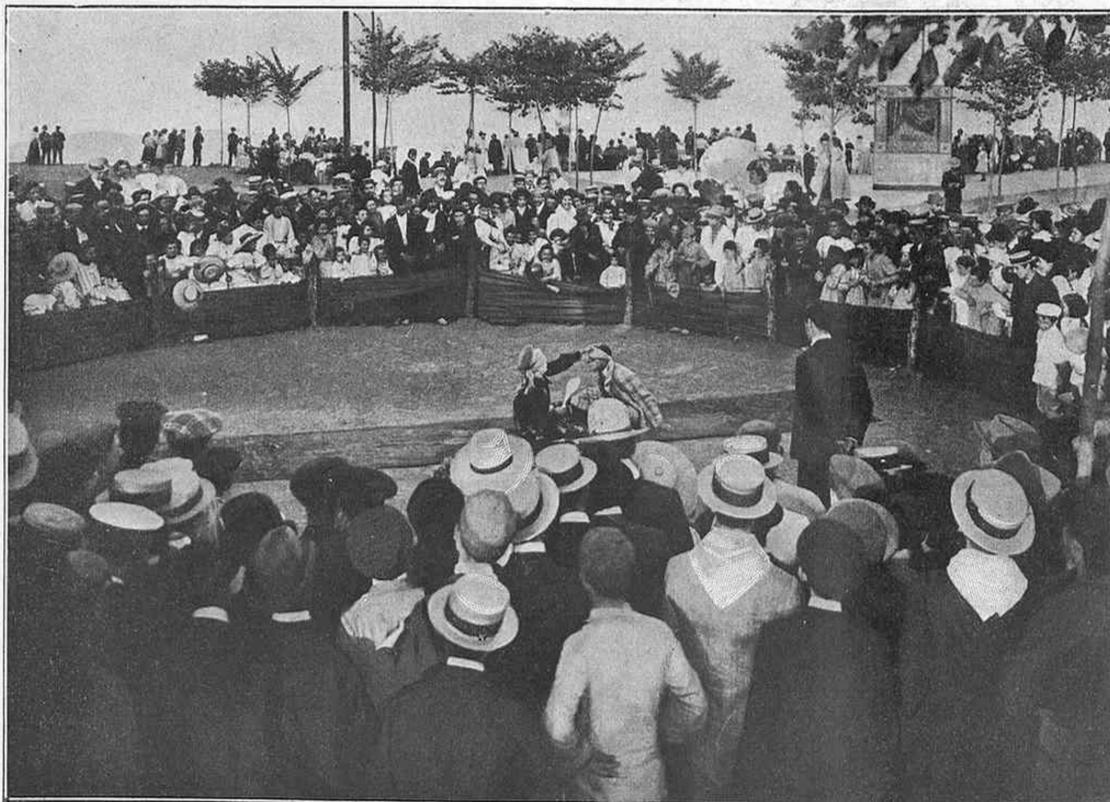
SAN SEBASTIÁN

VISITA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII AL CRUCERO CHILENO «GENERAL BAQUEDANO»

El día 23 de agosto último fondeó en San Sebastián el crucero chileno *General Baquedano*, buque escuela de guardias marinas. La capital de Guipúzcoa ha celebrado varios festejos en honor de la dotación, y S. M. el rey Alfonso XIII, después de haberla recibido en el palacio de Miramar, le devolvió la visita en la mañana del 27.

D. Alfonso, vestido con uniforme de almirante de gala y acompañado de un brillante séquito, embarcó á las diez en la escampavía *Guipuzcoana*, dirigiéndose al *General Baquedano*, cuyos cañones hicieron las salvas de ordenanza y cuya tripulación estaba formada sobre cubierta. El rey fué recibido por el ministro de Chile y por el comandante del buque, y después de haber visitado todas las dependencias del crucero y revisado la marinería y las fuerzas de infantería de marina, fué obsequiado con un exquisito *lunch*. Nuestro monarca brindó por sus hermanos de América y por la marina de Chile, y el comandante del barco le regaló un hermoso cuadro, obra del notable marinista Sr. Martino, que representa al *General Baquedano* en alta mar.

La visita terminó á las once, y al salir S. M. del crucero fué saludado con otra salva, mientras la marinería, subida á las vergas, daba entusiastas vivas al regio visitante.



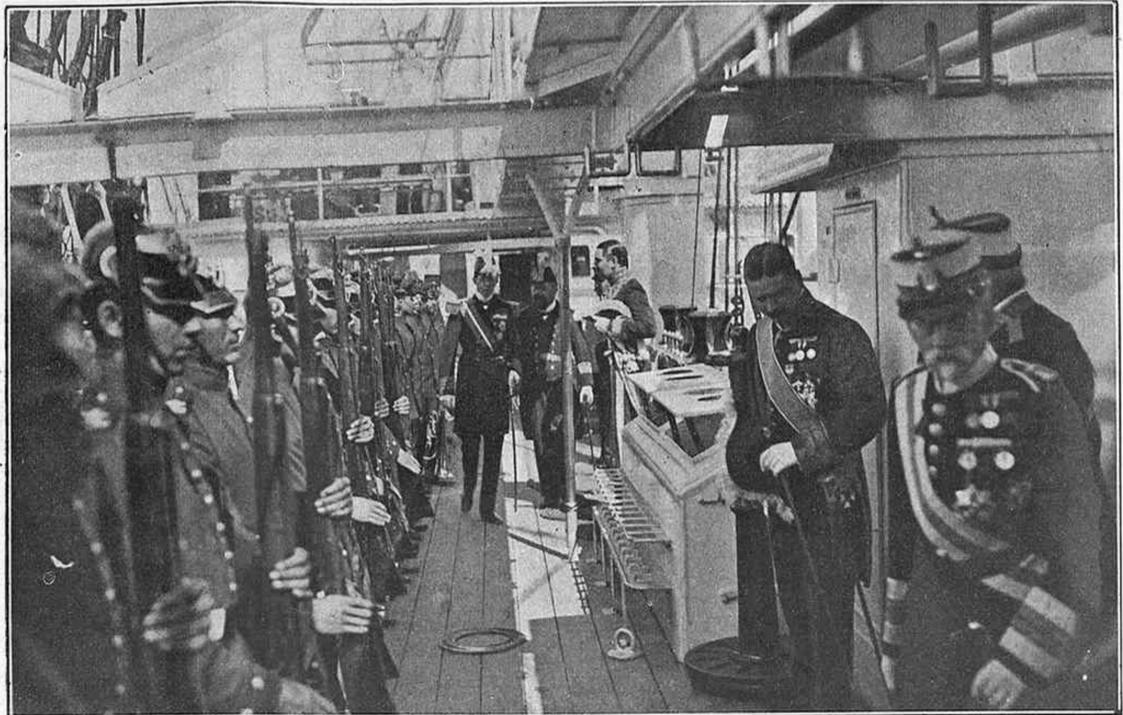
BARCELONA. — FESTIVAL INFANTIL EN EL TIBIDABO. CIRCO ECUESTRE EN MINIATURA. (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA

FESTIVAL INFANTIL EN EL TIBIDABO

Simpática fué en extremo la fiesta infantil celebrada el domingo, día 26 de agosto último, en la cumbre del Tibidabo. De todo hubo en ella: concierto por la banda de los Veteranos de la libertad, bailes populares, un circo ecuestre en miniatura en el que varios pequeños *clowns* hicieron las delicias de la chiquillería, un teatro de polichinelas en el que se representaron producciones propias para diversión de los niños, elevación de aerostatos, fuegos artificiales y por último reparto de globos y sorteo de juguetes.

Un día espléndido contribuyó á hacer más agradable el festival, que estuvo, como era de esperar, muy animado y que fué muy del gusto de la gente menuda, en cuyo honor se había dispuesto.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á BORDO DEL «GENERAL BAQUEDANO», REVISTANDO LAS FUERZAS DE INFANTERÍA DE MARINA QUE LE TRIBUTAN LOS HONORES Á SU LLEGADA. (De fotografía de Frederic.)

EL HEREJE, CUADRO DE FRANK CRAIG

(Véase el grabado de la página 584.)

En la exposición de la Real Academia de Londres celebrada en el presente año, ha llamado con justicia la atención este cuadro que reproducimos y en el cual la crítica ha encomiado así la habilidad con que está compuesto y el carácter de la época que el artista ha sabido imprimir en él, como la intensidad de expresión que reflejan los rostros y hasta las actitudes del gran número de figuras que ocupan el lienzo: el terror, la indiferencia, la curiosidad, la compasión, el fervor, son los sentimientos que animan á los distintos personajes; para cada uno de ellos, en sus más variados matices, ha encontrado el pintor la nota adecuada, la pincelada justa.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—ESMIRNA. — Se ha descubierto en Esmirna un cuadro de Murillo, hasta ahora desconocido, que repre-

senta á la Sagrada Familia. La dirección del Louvre ha certificado la autenticidad de esa obra, que se halla en poder de una familia inglesa residente en aquella ciudad y por la cual dicese que se ha ofrecido un millón de francos.

HELINGSFORS. — En breve se colocará en Helingsfors (Finlandia) la primera piedra de un Museo Nacional Finandés, cuyo coste ha sido presupuesto en 2.000.000 de pesetas y en el cual se reunirán todas las colecciones históricas, arqueológicas y etnográficas que actualmente se hallan diseminadas en aquel país.

Necrología.—Han fallecido:

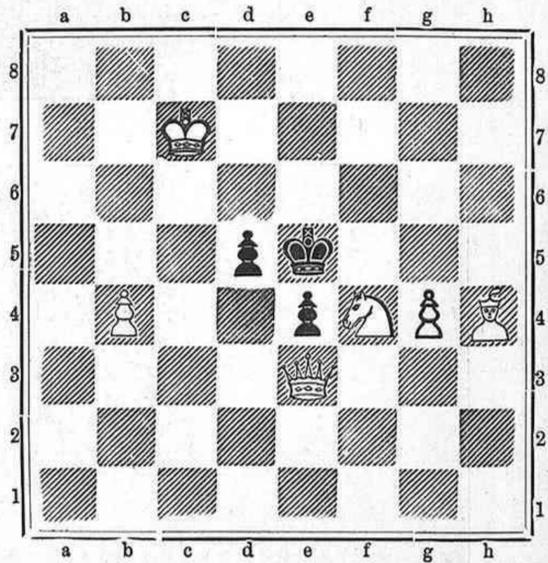
Dr. Brouardel, eminente médico francés, profesor de la Escuela de Medicina, miembro de la Academia.
Vizconde Gentaro Kodama, jefe del estado mayor del ejército japonés, ex ministro de la Guerra.

Jorgé Raucheneker, compositor alemán, ex director de la célebre orquesta Filarmónica de Berlín y del Conservatorio de Avignón, autor de varias óperas, sinfonías, coros, etc.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 437, POR V. MARÍN.

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 436, POR V. MARÍN.

- | | |
|--------------------|--------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T f8 - d8 | 1. Dh4 x d4 |
| 2. T d8 x d6 | 2. Dd4 x a1 jaque. |
| 3. T d6 - d1 mate. | |

VARIANTES

- 1.... Aa2 x b3; 2. Ab8 x d6 jaque, etc.
f6 - f5; 2. Cd4 - e6 jaque, etc.
Re5 - f4; 2. Cd4 - e6 jaque, etc.
Re5 - d5; 2. Td8 x d6 jaque, etc.
Otra jugada; 2. Ab8 x d6 jaque, etc.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Los que tienen la suerte de acercarse á la casa no se cansan de contemplar en el portal, entre los cirios y bajo un montón de flores, los rígidos pliegues que dibuja alrededor del ataúd el paño negro estrellado de plata. Encima está el triple cofre de los ricos, roble, plomo y madera de violeta, acolchado de seda. Y dentro, el cuerpo delicado y la cara rubia con la frente rota. Al representársela, humildes vecinas pobremente vestidas lloran como por ellas mismas y como si su dura existencia les dejase lágrimas que verter por los demás. «Figúrese usted..., tiene dos niños pequeños...» Los hombres experimentan cierta secreta emoción, pero creen necesario bromear é invocar las desigualdades sociales. «A ti no te sucederá lo mismo, Juana. Tú no caracoleas más que en las jirafas de la feria de los Inválidos.» Después vienen las leyendas: «Parece que es su amante el que ha procurado este mal golpe.—No, es su marido.» Y por fin, la filosofía envidiosa de los proletarios: «¡Bah! Una menos para divertirse. No habría tantas historias si reventase mi mujer.»

De repente cesa la charla y las cabezas se descubren. Los que peroraban más descaradamente no fueron los últimos en quitarse la gorra ó el hongo grasiento cuando los hombres de las pompas fúnebres levantaron hasta el carro el pesado ataúd, que cayó en él con un ruido mate. Había llegado en un furgón la noche antes, después de haber recibido la bendición de la iglesia y el sello de la alcaldía de Aix-en-Othe, término municipal donde se encuentran el castillo de los Valtín y la casa de caza de los Sebourg.

Hizo falta tiempo para disponer la masa de ramos y de coronas. Los curiosos se asombraban de aquella profusión de flores en febrero y calculaban la fortuna que representaban aquellas cascadas de orquídeas, aquellos almohadones de violetas blancas orladas con las de Parma, aquellos ramos de rosas y aquellas enormes brazadas de lilas.

Después se cernió de nuevo un silencio respetuoso. Dos hombres se adelantaban para presidir el duelo. El aspecto del de más edad causó cierta emoción en los pechos varoniles de los obreros, que se irguieron instintivamente cuando apareció aquel anciano. Era el conde de Feuilleres, padre de Antonieta de Sebourg. Nadie ignoraba que fué uno de los héroes de Sedán. Muchos recordaban su célebre rasgo antes de cargar á la cabeza de su escuadrón de cazadores. Había prendido su pañuelo en el quepis, y aquel lienzo flotante estuvo rodeado durante una hora del mismo prestigio que el penacho de Enrique IV. Una bala se llevó un pedazo. Cuando el jefe de escuadrón, herido y hecho prisionero, tuvo que rendir las armas, quisieron arrancarle el pedazo de pañuelo que quedaba. Pero el rey de Prusia, que guardaba la espada del

emperador, no se creyó con derecho á retener el pañuelo del comandante Feuilleres é intervino él mismo para que se le devolviera.

Se dice «los cazadores de Feuilleres» como se dice

hermana diez años mayor que ella. Hasta esperaba aproximarla á su madre, á quien ella adoraba, cuando, por una desgracia tan atroz como inesperada, Antonieta desapareció.

Cristiana, que ocupaba el primer carruaje del cortejo, pensaba con ardiente amargura en todo lo que desgarraba en ella y alrededor de ella aquella muerte brutal. Con la cabeza inclinada bajo su velo de crespón, se sustrafa por el silencio á importunos consuelos. Francisca Valtín se los hubiera prodigado. La esposa del industrial millonario se encontraba á su lado en la oscilante berlina, pequeña caverna de paño negro y de olor lúgubre é indefinible. Vestida con un sobrio luto de amiga, del mejor gusto, la hermosa señora de Valtín se unía á Cristiana con una abnegación teatral que la muchacha se acusaba de no apreciar. En el momento del desfile, muy numeroso, que llevó á los Sebourg los pésames más distinguidos de París, Francisca adoptó el papel de ama de casa. (Aquella pobre Cristiana—¿verdad?—recién llegada de su provincia, no conocía á nadie.)

Las dos recibieron á las visitantes en un saloncillo, mientras que, en el grande, el conde y su yerno devolvían sin decir palabra los apretones de manos de los hombres. Entre las mujeres no reinaba esa ley del silencio. La señora de Valtín presentaba sin cesar á Cristiana personas que ésta veía apenas en la pieza obscura y entre el luto semejante de los trajes. Y aquellas señoras abundaban en preguntas y empezaban por declarar, como si esto debiera anular la catástrofe, que «no habían podido creerlo» y que «aquel no era posible.»

Cristiana dejaba responder á la señora de Valtín; y de este modo la pobre joven oyó cien veces seguidas los detalles horribles que le traspasaban el corazón.

Otra tristeza, sin embargo, vino en su ayuda, apartando un poco su mente de la tristeza dominante. Su madre no había venido de Feuilleres. «Un estado enfermizo, agravado por el choque moral,» decía el conde para justificarla de no haber emprendido el viaje. ¿Era enteramente exacto? Era más fácil suponer que la segunda señora de Feuilleres no había creído que su sitio estuviese aún al lado de un ataúd, en casa del yerno de su marido, de aquel Gerardo de Sebourg que, según ella creía, había agriado el desacuerdo, ya penoso, entre su nuera y ella. Y esto era lo que presentía Cristiana y lo que la hacía sufrir. Su obra de conciliación, ¿era, pues, una niñada, una ilusión de su candidez?.. Y qué pena para su alma piadosa el ver en la madre admirable, á quien debía su fe, un sentimiento de rencor bastante fuerte para persistir ante una tumba... Cuestión de dignidad en la condesa de Feuilleres ante un joven del que tenía graves quejas. Pero aquel desgraciado Gerardo, quebrantado



Cristiana dió un grito, extendió las manos y se agarró al brazo de su padre...

«los zuavos de Charrette.» Nadie lo ignoraba entre la multitud que veía ponerse en marcha el convoy. Todos los ojos se fijaban en el antiguo héroe. Su fisonomía no era conocida de los parisienses. Desde su segundo matrimonio, en 1884, aquel hombre de acción y de energía había abdicado todo esfuerzo, toda ambición y todo interés de carrera. Había hecho dimisión siendo general de brigada y encerrándose en el castillo que, en la orilla del Tarn, cerca de Montauban, recuerda con triste majestad el dominio de sus antepasados y conserva su nombre. Allí era donde Cristiana había nacido y donde habían transcurrido su infancia y su adolescencia. No había salido de Feuilleres por primera vez hasta dos años antes de aquella desgraciada cacería, para ir á pasar unas semanas con los Sebourg y tratar de poner de acuerdo á éstos con la casa paterna. Después renovó la visita. Le parecía haber conquistado el corazón de aquella

hermana diez años mayor que ella. Hasta esperaba aproximarla á su madre, á quien ella adoraba, cuando, por una desgracia tan atroz como inesperada, Antonieta desapareció.

Por el dolor, se hubiera fundido en arrepentimiento ante una mano generosamente ofrecida.

Aquella manera de ver las cosas no preparaba á Cristiana para la conversación que tuvo con su padre casi en seguida de la fúnebre ceremonia.

En cuanto se acabaron las escenas rituales del cementerio, el Sr. de Feuilleres cogió del brazo á la única hija que le quedaba y se la llevó hacia el coche de duelo.

—Al hotel Bedford, dijo al cochero.

—¿No volvemos á casa de Gerardo?, preguntó Cristiana sorprendida.

—Por el momento, no. Los pequeños no están allí, ¿verdad?

—Roberta y Francisco están en casa de la señora de Valtín con su *governess*, miss Gertie.

—Bien; entonces, espera, dijo el anciano.

Se inclinó por la portezuela y dió una indicación. Un momento después se paraba el coche delante de una oficina de correos.

—Voy á telefonar, dijo, para que miss Gertie nos traiga los niños.

—¿No teme usted ofender á la señora de Valtín?

—¡Oh, no! Ahí tienes una cosa que no temo absolutamente nada, exclamó casi rudamente el general, ya en la acera.

Cuando subió y se encontró con aquellas tiernas pupilas negras un poco inquietas, le explicó:

—Puedes estar tranquila, Cristiana. He usado en mi petición las mismas precauciones que hubieras usado tú misma. La presencia de mis nietos me es indispensable para sufrir un poco menos... Eso es.

El general recalcó la última palabra al volverse. En sus dedos, endurecidos por el manajo del sable, sintió la presión de los dedos de su hija.

—De todos modos, se vendrán mañana con nosotros á Feuilleres, como está convenido, dijo la joven.

El conde no respondió y los dos fueron silenciosos hasta la calle de la Arcade.

Al entrar en el hotel, el primer cuidado de Cristiana fué tomar dos habitaciones para los niños y su aya inglesa. Quería que estuviesen lo más cerca posible de la suya y vigiló su arreglo y su ventilación como si sus sobrinos no debiesen habitarlas simplemente una noche. Cristiana tomaba ya profundamente en serio su papel de segunda madre, que llegaría á ser efectivo, pues Gerardo, aunque poseía muy viva la fibra paternal, no era hombre de seguir de cerca la educación de un niño de tres años y de una niña de cinco.

—Con tal, pensó, que no ofendamos á mi cuñado quitándole hoy mismo los niños como si se los robásemos.

Era ya verdaderamente duro que su padre hubiera ido á un hotel en lugar de aceptar su hospitalidad.

—Voy á hacer pedir la comunicación para ver si ha vuelto á la avenida Kleber y si piensa comer con nosotros.

Pero, después de reflexionar, prefirió conocer las intenciones del conde, antes de dar un paso, sin embargo tan natural. ¡Sentía algo tan hostil entre los dos hombres! Aquella desgracia, en lugar de aproximarlos, parecía haber agravado su disintimiento con una levadura de odio. ¿Por qué?... Cristiana iba á saberlo, Dios sabe con qué horror.

Se reunió con su padre en el salón particular que había alquilado para recibir á sus íntimos y hacerse servir las comidas fuera de las indiscreciones y de las curiosidades. El anciano estaba sentado en una butaca con los hombros encorvados de fatiga ó de tristeza y las manos cruzadas entre las rodillas, en una actitud á la vez rígida y triste. Su marcial fisonomía de cráneo calvo, bigote y perilla blancos y delgadas facciones llenas de distinción, expresaba un sentimiento más áspero que el dolor. En sus ojos grises brillaba el fuego de la cólera.

La joven notó ese detalle en cuanto entró en la pieza, donde, sin embargo, se espesaban ya las tinieblas de un anochecer de invierno.

Se acercó á su padre, se arrodilló á su lado y quiso cogerle la mano.

—Siéntate, Cristiana, dijo el conde con voz sorda; tengo que hablarte.

La joven obedeció y tomó asiento en la punta de un diván que estaba al lado.

Feuilleres subió en los ojos de su hija aquella mirada en que se encendían todavía chispas de mando, y aun en aquel minuto, bajo el peso de ideas tíricas, experimentó la habitual suavidad que subía hacia él de aquellas pupilas de un negro tan fluido, entre la doble y larga línea de espesas pestañas. ¡Qué rectitud, qué pureza, qué belleza las de aquellos ojos queridos!

El padre vaciló un instante ante aquel candor. Pero hubo en él como una sacudida de voluntad, y empezó:

—Cristiana, ¿tenías idea de que tu hermana era desgraciada?

Aquella fina fisonomía, hacía un momento pálida, se cubrió de rubor más bien de emoción que de embarazo.

—Desgraciada... ¿Desde qué punto de vista?

—Por su marido.

El rubor aumentó y sus párpados pestañearon.

—Sé franca, hija mía..., á pesar de tu dificultad para hablar de ciertos asuntos. Tienes diez y ocho años y no puedes ignorar ciertas fealdades de la vida, por muy delicadamente que te hayamos educado. Habla. Para hacerte semejante pregunta tengo las más graves razones.

Cristiana bajó la cabeza y murmuró:

—Creo que..., en los últimos tiempos..., estaba un poco celosa.

Feuilleres se mordió el bigote y dijo en tono seco: —¿De la señora de Valtín, no es verdad?

La joven sintió un estremecimiento de sorpresa.

—¿Cómo puede usted saber, padre mío, una impresión tan secreta, que Antonieta me confió á mí sola, estando usted allá, tan aislado y tan lejos?

—¡Inocente!., dijo el general con entonación enternecida. No conoces el mundo. Tu pobre hermana hubiera podido ignorarlo todo y no tener nada que decirte, mientras había algo que era objeto de malignidad para todo el mundo. Si te pregunto, es justamente para saber hasta qué punto ha podido sufrir mi pobre hija...

—¿Sufrir de qué, papá?... ¿Quién ha hablado con usted?... ¿Qué maldades y qué falsedades han podido decirle?

—Mi antiguo camarada el general Aumailles ha venido esta mañana, cuando tú te habías marchado ya á la avenida Kleber.

—El general Aumailles no es hombre de hacerse eco de feos chismes.

—Puedes estar segura de ello. Y sin embargo, ha creído en su alma y conciencia que debía prevenirme de los rumores que corren.

—¡Rumores!.. ¿Qué rumores? Usted, papá, no se da cuenta de su tono ni de su expresión... Me hace usted temblar.

Era literalmente exacto; las manos y los labios de la joven temblaban y la oleada rosa había desaparecido de su cara.

—Oye, hija mía, siguió diciendo Feuilleres, sepamos ver las cosas de frente. No trato de decirte lo que es, ni siquiera lo que yo creo; voy á decirte lo que se cuenta. Es ya para nosotros una prueba suficiente que se pueda decir semejante abominación..., después de la cual, sería casi dulce para mí haber perdido solamente á mi hija.

Aquella voz enérgica se quebrantó y Cristiana sintió que su corazón palpitaba de angustia. Su padre vió aquellas facciones ingenuas palidecer y crisparse, y apresuró su revelación. La verdad, por inaudita que fuera, no alteraría á su hija más que tal incertidumbre.

—La gente del gran mundo—de su mundo—esa cuadrilla de advenedizos que forma la sociedad de los Valtín, todos esos sjetemesinos y esas lindas damas que desfilaban esta mañana delante de nosotros con gestos de mentirosa simpatía, ¿sabes lo que afirman corrientemente? Que Sebourg no es extraño á la muerte de su mujer. ¿Y por qué? Porque está enloquecido por esa coqueta de la señora de Valtín, por la cual tiene una pasión insensata.

Cristiana dió un grito, extendió las manos y se agarró al brazo de su padre como si hubiera sentido oscilar el suelo debajo de ella. Y la joven fijó en él unos ojos agrandados, vacíos de pensamiento en el reflujo aterrado de su alma.

El anciano la observó con intensa mirada, buscando algún indicio, algún retazo de verdad ignorado por ella misma, en aquel desorden de impresiones.

—De modo, dijo el conde vivamente, que tú no sospechabas nada... Nada había llegado hasta ti de semejantes insinuaciones...

Cristiana le interrumpió con vehemencia:

—Diga usted de esa calumnia horrorosa, padre mío...

—Bien, dijo el conde después de una imperceptible vacilación. No has observado nada que te preparase...

Y al ver un gesto de su hija, añadió:

—No te indignes y reflexiona. Una calumnia, por odiosa que sea, se funda en una apariencia cualquiera. ¿Ves tú esa apariencia?... Tú, que has vivido en casa de tu hermana y que estabas en aquella maldita cacería, ¿no descubres material ó moralmente alguna cosa?..

Cristiana retrocedió sin que su mirada se apartase de la de su padre. Apoyó los codos en las rodillas y el delicado óvalo de su cara en las dos manos. Todo

estaba como contraído en ella: su busto recogido, sus puños cerrados bajo la barbilla, sus facciones exangües. Solamente sus ojos se abrían desmesurados. Poco después preguntó lentamente:

—¿Se ha dicho eso, padre mío?... ¿Verdaderamente se ha dicho?

El conde bajó la cabeza.

—¿Las personas que estaban esta mañana en casa de mi cuñado, que le compadecían y le estrechaban la mano?..

El conde repitió su gesto afirmativo y corrigió solamente:

—No todos, de seguro; pero los que no lo afirman, lo oían con complacencia.

—¿Y los que se inclinaban con tan respetuosa galantería delante de la señora de Valtín, sospechaban de ella también?..

Los blancos labios se torcieron y se callaron, no queriendo emitir una sospecha que les parecía repugnante é imposible de expresar, sospecha, sin embargo, con que todo París envolvía á la hermosa Francisca como con una excitante y sedosa atmósfera.

El héroe de Sedán hizo un movimiento casi de impaciencia.

—Vamos á ver... ¿No me has comprendido?... Sí, eso es lo que se dice, lo que se cree y lo que se repite. Pero no es de la opinión de lo que yo me ocupo. No se tratará con más rigor á Gerardo que á esa mujer. Nadie en el mundo piensa en inculpar á Sebourg ante la justicia, porque nadie tiene interés en ello. Los Valtín son inexpugnables detrás de sus montones de oro. Lo que yo quiero saber de ti, compréndelo bien, es si tu pobre hermana ha sufrido, si has visto correr sus lágrimas, si debo pedir cuenta de ellas á ese miserable, si...

—¡Basta, padre!.. Basta..., basta..., dijo Cristiana anhelosa y con las manos en el pecho, como si no pudiera soportar el seguir oyendo.

—Pero explícate, hija mía... Habla... ¿Qué es lo que tú crees?, interrogó el anciano con la voz dulcificada.

Cristiana no pudo obedecerle en seguida, porque los sollozos y las lágrimas la sofocaban. Por fin pronunció el nombre de Antonieta y pudo así romper á llorar. Recobró entonces las palabras, sílabas presurosas y entrecortadas, pero tan ciegamente generosas y de tanta incredulidad para el mal... Toda su alma de candor y de ignorancia, herida como por el rayo por aquella horrible revelación de los abismos de la vida, palpitó fuera de sí misma.

¡Su pobre Antonieta!.. Era matarla dos veces lanzar aquella infame acusación contra el marido á quien amaba y por el que era amada. Los únicos criminales eran los que se atrevían á concebir semejante monstruosidad ó á hacerse eco de ella. Ellos creaban la atroz acción, para su propia vergüenza, puesto que seguían siendo amigos de aquel de quien debieran huir como del más cobarde y vil de los hombres, y de la mujer que le daban por cómplice, aquella mujer á la que manchaban por detrás y adulaban abiertamente.

—Dice usted, padre, que es rica..., y usted, el más noble de los hombres, hace constar eso como una cosa muy natural... Pero, entonces, la sociedad es una caverna de bandidos. ¿Por qué me ha dejado usted venir? ¡Lléveme usted de aquí, padre!.. Conduzca-me á nuestra casa, á nuestro nido, al lado de mamá, donde yo no vea, donde yo no oiga...

Cristiana se ocultaba con las manos los ojos y los oídos. Su exaltación de joven agravaba su verdadero horror. ¿Pero podía exagerar la abominación de que se creía envuelta de repente como por una pesadilla? Su hermana engañada y asesinada... La hipótesis horrible circulando de boca en boca apenas discutida, admitida fácilmente y por eso mismo más repugnante... ¡Cómo! Aquella imputación infernal era una simple habillita de salón... ¿Había comprendido bien? ¿No había perdido el sentido?

En su cara y en sus ademanes convulsivos se vieron todas las señales de un sufrimiento casi insoportable. Feuilleres empezaba á asustarse de una crisis moral provocada por él sin bastantes precauciones. Pero cuando trataba de calmarla, aquella pobre alma enloquecida volvió en sí, en cierto modo, por la lástima. Cristiana exclamó con voz más contenida:

—¡Ese desgraciado Gerardo!.. Ha cometido culpas, es cierto. Sobre todo con mi madre. ¿Pero las ha cometido también con mi hermana?... ¿Cómo puedo yo saberlo?... Todo lo que puedo afirmar es que era un matrimonio realmente unido. Sus insignificantes querellas se referían á pecadillos. El pobre muchacho no tiene maldad ninguna bajo su exterior un poco rudo. Es de un carácter sombrío y concentrado y, convengo en ello, enteramente incomprensible para mí. Pero de esto á cometer un crimen... Hacer traición á Antonieta con su mejor amiga... Meditar una emboscada

mortal... Herir acaso... El, tan fuerte, y ella, tan desarmada y tan débil..., y que le amaba... La madre de sus dos hijos...

La joven se calló estremecida por un escalofrío y dando un indecible suspiro. Su padre aventuró lentamente y buscando las palabras:

—Ciertamente, comparto tu sentimiento. No creo en un crimen tan horroroso. Pero, en fin, Antonieta ha sido una víctima... en su corazón, si no en su vida. Tú misma no puedes menos de pensarlo y de dejármelo entender. Hablas de culpas posibles de Gerardo para con ella; convienes en que estaba celosa... Tenía sus razones, sin duda.

—Ella no se lo hubiera á usted dicho y no me perdonaría el hacerlo, exclamó vivamente Cristiana.

Su dulzura se llenó de energía. Hasta contra un padre, hasta contra aquel á quien admiraba por encima de todo, sabría defender esa cosa inaccesible y sagrada que es el pudor de un sentimiento de mujer. ¿Había sorprendido en la que no existía una palabra de desencanto, una mirada que revelase la íntima ansiedad ó una confesión de angustia?... Ningún oído humano recibiría la confidencia. El misterio del amor tomaba en su corazón de virgen una belleza huraña y secreta. La ignorancia de Cristiana se recogía temblando de entusiasmo ante lo desconocido apasionado. Presentía que su destino entero cabría en un estrecho y profundo santuario, velado todavía para ella misma en lo profundo de su ser, y en el que palpitaría un pensamiento de única ternura, aunque este pensamiento no debiese resplandecer nunca al sol de la dicha humana. ¿Cómo profanar en otra lo que ella cuidaba tanto en sí misma por la altivez del silencio? Era lo mismo que dejar tocar á la mortaja blanca con que había vestido á la muerta.

Feuilleres comprendió que prolongando aquella conversación no haría más que turbar irremediablemente á una niña muy poco preparada para la vida. Cristiana no veía las realidades; no se podía sin peligro representarle los excesos. Las reacciones desesperadas de aquella naturaleza ingenua desconcertaban al padre. Creía que una niña educada austeramente en la soledad de Feuilleres por unos padres apartados adrede de las relaciones exteriores, y uno de los cuales, por lo menos, no comprendía ya nada de la juventud, habría podido, sin embargo, desenredar, en unas semanas pasadas en París, lo falso y lo verdadero de las cosas mundanas. El antiguo soldado no se daba cuenta de que la educación no da solamente nociones, sino órganos. La de Cristiana, llena de ilusión, de confianza y de fe, no había desarrollado en ella ninguna facultad de observación. Muchos años todavía no la hubiesen conducido á la luz, y una conmoción como la de hoy amenazaba arrojarla en los extremos, sin dejarle más que la posibilidad de ver el mal.

Esta confusa intuición hizo que el general lamentase haberse confiado á su hija, y mucho más no habiendo sacado de ella ningún dato que pudiese introducir un poco de luz en la obscuridad del drama. El anciano se esforzó por tranquilizarla reduciendo su revelación á los límites de una maniobra de envidiosos, de una miserable perfidia, por la que se habría alarmado exageradamente la amistad de su camarada Aumailles. Aunque no persuadió á Cristiana, que había, sin duda, sentido demasiado por sí misma, la vió recobrar una aparente sangre fría. Por ternura hacia él, la joven aceptó la situación convencional en que él se colocaba por su causa.

Cuando, después de un momento de calma silenciosa, el conde anunció su intención de salir, su hija no le preguntó; tenía demasiada deferencia por la voluntad paternal. Además, temió que le sonase á falsa aquella voz que le había enseñado el culto á la verdad. En el actual desarreglo de su imaginación, todo le parecía inexplicable. Y, en realidad, Feuilleres no le hubiera dicho que iba á buscar á su yerno, para que no temiese una explicación inmediata entre los dos hombres.

Antes de salir del cuarto, el conde fué á dar un beso en la frente á su hija.

—Celebro verte tan valiente, querida mía. Sobre todo, nada de lágrimas cuando yo esté fuera. Tus sobrinos van á llegar de un momento á otro. Pon buena cara á esos pobres niños, que no conocen su desgracia y que no podrían comprenderla.

Después de titubear unos segundos, dijo más bajo: —Ahorramos á tu madre el roce de estas vilezas; que no sepa nada, ya que allí está libre de ellas. ¿Me lo prometes?

Un gesto le tranquilizó. El conde salió de la habitación.

Cristiana se quedó mucho tiempo inmóvil, sentada en el ángulo del diván. Con los brazos abandonados, el talle doblado y la cabeza inclinada sobre su delga-

do cuello, tenía el aspecto dolorido y quebrantado de una frágil planta á la que acaba de torcer un viento de tempestad.

La obscuridad habría sido completa, á no ser por el resplandor de un farol de la calle, que llegaba á través del tul de los visillos. La joven no pensaba siquiera en dar la vuelta á un botón eléctrico.

Un golpe en la puerta la sacó de sus ensueños tan diferentes de los que hacia poco tiempo la llenaban todavía de felicidad.

—Adelante, dijo, creyendo que eran Roberta y Francisco con su aya.

Una voz de hombre preguntó:

—¿Está el señor conde?

Cristiana se levantó, dió luz y se encontró en presencia de un criado que traía en una bandeja la tarjeta de un visitante.

La joven no necesitó siquiera coger la tarjeta para leer el nombre: Antonio Le Bray. Estas sílabas se le entraron por los ojos y chocaron dulcemente con su alma como por un efecto mágico; aquel nombre le infundió seguridad. En el momento en que todo vacilaba, huía y se transformaba en una fantasmagoría lúgubre de cataclismo, Cristiana evocó una fisonomía franca, una fuerza tranquila y un apoyo sólido implantado en la roca y no en el lodo. ¡Antonio Le Bray!.. Que sea bien venido. La desconfianza de todo, esa acre y nueva sensación con que la pobre niña sentía envenenada el alma, dejaba intacto aquel nombre.

—Ruegue usted á ese caballero que suba, dijo.

Cuando Antonio fué introducido y los dos jóvenes se encontraron solos y juntos por primera vez, hubo un minuto de silencio. Él no se explicaba el terror que seguía visible en aquella cara cuyas expresiones conocía, hasta la del reciente dolor; ella no comprendía qué profundo sentimiento tenía á aquel hombre más turbado que un colegial en su presencia.

Y, sin embargo, el contacto de sus miradas, involuntariamente prolongado, no les causó ningún embarazo. Había tanta pureza en los ojos negros de Cristiana y tanto respeto en las pupilas de oro de Antonio, que ninguna molestia les hizo bajar los párpados.

El joven habló el primero. Venía á presentar sus respetos al general Feuilleres y sentía no encontrarle en casa.

—Desea usted ver á mi padre, dijo Cristiana. ¿Tiene usted algo importante que decirle?

Antonio se asombró, sin dejarlo ver, por el tono ansioso de la pregunta.

—No, señorita; mas á pesar de estar íntimamente relacionado con su familia de usted, sólo he encontrado al Sr. de Feuilleres en la boda de Gerardo, y quería expresar á ese glorioso soldado mi respetuosa simpatía en una desgracia que me afecta casi tanto... como si fuera su hijo.

—¿Es verdad?, insistió Cristiana. ¿No tiene usted nada grave que comunicarle?

Una viva emoción apareció en la cara del joven, aquella cara morena, de líneas acentuadas y nerviosas y prolongada por una barba rizada y puntiaguda. Los ojos, sobre todo, eran expresivos y cambiaban de matiz entre sus pestañas de terciopelo negro al menor reflejo de sentimiento; verdes ó grises, con un círculo dorado obscuro, parecían de fuego ó de sombra según los pronto movimientos del alma.

—Sí, replicó, tendría que decir algo muy grave á su padre de usted; pero no me atreveré, hoy sobre todo, ni antes de saber si usted misma...

Se interrumpió, y dijo dulcemente, muy bajo y con la cara inclinada hacia ella:

—¿Me comprende usted?

La joven no protestó ni movió negativamente la cabeza. Sin duda le comprendía y no la incitaba á negarlo ninguna coquetería remilgada. ¿Cómo no iba á presentir lo que pasaba en él? No era una observación psicológica, de la que su candor era incapaz, la que se lo había revelado; era una advertencia más insidiosa, pero muy clara: la suavidad que su corazón experimentaba. Sin embargo, no había pensado ni un momento en provocar una declaración. Por lealtad, más aún que por confusión ó por disgusto, se apresuró á rectificar el error:

—¡Oh!, exclamó, si usted supiera... No me ocupa más que una cosa... Ya no soy yo misma... ¿Podré todavía pasar mi vida como había creído vislumbrarla?... Pero no se trata de eso. Pensaba en mi hermana.

Antonio, con un estremecimiento de decepción, repitió en tono de lástima:

—¿En su hermana de usted?..

—Sí; en lo que le dije á usted á solas... Creí que venía usted á hablar de eso con mi padre.

Por las facciones del joven pasó una especie de espanto, pronto dominado. Como rehuyendo una explicación directa, respondió:

—Es verdad... Usted fué testigo. La señora de Se-

bourg me dirigió unas palabras que fueron casi las últimas. Quisiera estar seguro de que usted no se ofendió por eso y de que no me juzga indigno de esta suprema confianza.

—Es usted el único de toda aquella sociedad mundana á quien puedo representarme al lado de su lecho de muerte sin que esto me haga sufrir, respondió Cristiana con viveza.

A Antonio le chocó el acento, en el que vibraba un sentido oculto. Cristiana añadió:

—No hablo de su marido, por supuesto; Gerardo es la lealtad misma bajo su exterior abrupto; usted lo sabe tan bien como yo.

Antonio asintió vivamente. Vió que Cristiana conocía las odiosas murmuraciones. ¡Qué tristeza!.. De eso venía aquel penoso cambio de la impresionable niña. El joven escuchó ansioso mientras ella proseguía:

—No encuentro extraordinario que, sintiéndose morir y en circunstancias tan excepcionales, la esposa más unida con su marido pueda tener que hacer una confidencia á un amigo seguro... Acaso en interés del mismo marido...

¡Qué ardor en estas últimas palabras! Aquello hizo daño á Antonio, que se quedó callado. Siguió un silencio penoso, que Cristiana rompió diciendo con voz temblorosa:

—Esta interpretación que me doy no es una manera indirecta de preguntar á usted. No trato de saber lo que Antonieta pudo decirle; mi confianza en la delicadeza de su corazón y en la nobleza del de usted, es absoluta. Que usted hable ó se calle, sé que su deseo será cumplido lo mismo que su deber de usted.

Los ojos de Antonio se llenaron de lágrimas. El acento y el aspecto de la joven, su angustia íntima, su valeroso acto de fe, y, más todavía, la imposibilidad de evitarle toda causa de sufrimiento, le excitaban los nervios.

Cristiana, lejos de imaginar lo que el encanto del joven tenía de conmovedor; no vió en él más que la lástima. Y aquello la asustó. Hacía una hora que todo le aparecía amenaza y engaño en la suerte y en los hombres, excepto en aquel que tenía delante y todo lo que se refería á él.

Antonio dijo muy bajito, y, sin embargo, con una gran vibración de las dos almas:

—¿No me pregunta si ella me habló de usted?

—¿De mí?... ¡Oh!..

—Antonieta había adivinado... Sospechaba... Yo le había confiado...

Antonio inclinó la frente y bajó los ojos para murmurar al fin:

—Hubiera querido que yo fuese... su hermano.

Y no cambió de actitud, paralizado por la inmovilidad de la joven.

Cristiana no experimentó la emoción profunda que Antonio esperaba y temía á la vez; lo que acababa de revelar no proyectaba sobre ella ningún resplandor inesperado. Su hermana había sido la primera que adivinó los sentimientos de Antonio y los había observado con tierna aprobación: había bromeado, efectivamente, sobre eso con Cristiana, pero sus bromas tendían á animarla. La joven no podía extrañar que una de las preocupaciones últimas de Antonieta hubiera precisado ese vago proyecto de matrimonio que habría protegido con gusto si hubiera vivido. ¿No había tenido más que este pensamiento al llamar á Antonio á su lado?

Una vez más, la idea que preocupaba á Cristiana se interpuso entre su corazón, pronto á abrirse sin embargo, y la solicitud amorosa. El joven levantó lentamente la cabeza, con una pesadez de desilusión, mientras ella seguía diciendo:

—Sr. Le Bray..., no puedo escuchar eso más que si me libra usted de un temor horrible. ¿Es de ese asunto solamente de lo que mi hermana habló á usted en la hora de su muerte?

Cristiana miró de frente á aquella cara que se endurecía con un poco de amargura. Vió que la fisonomía de Antonio se cerraba contra su invocación y rehusaba dejarse leer. Y Cristiana sintió una dolorosa impaciencia.

—¿No puede usted responderme?... ¿Se trataba, pues, de otra cosa?..

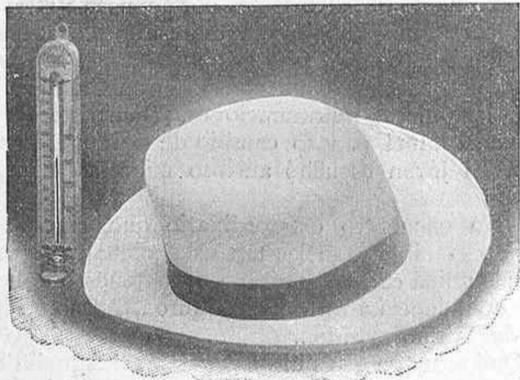
El joven entreabrió los labios y se inclinó como atraído por un imán, pues emanaba de ella una fascinación. ¡Ah! ¿Por qué aquella llama deliciosa no era una respuesta á su ternura? ¿Por qué aquella niña insensata se empeñaba en poner todas esas cosas lúgubres por encima de su amor? Estuvo por gritárselo, pero se contuvo. Retrocediendo, volvió la cabeza y articuló en tono firme:

—No insista usted, Cristiana, se lo suplico; no puedo decirle nada.

(Continuará)

TEMPERATURAS DE LAS DIFERENTES CLASES DE SOMBREROS

¿Por qué se han de llevar sombreros?
He aquí la cuestión que con calor se debatió en Inglaterra durante el verano del año pasado.



Sombrero de Panamá, 25°

El punto se discutió hasta la saciedad. Muchos fueron los que dirigieron á los periódicos artículos ensalzando las ventajas de ir sin cubrecabezas de ninguna clase y proponiendo que se dejara á los sombreros entregados á su triste suerte.

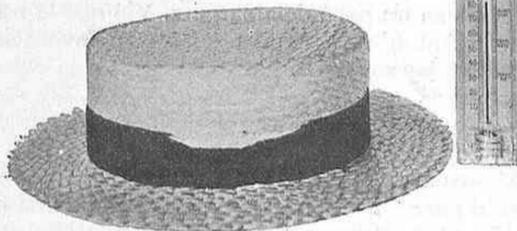
Dijose que el uso del popular hongo, del aristocrático sombrero de copa y hasta del limpio si bien exótico Panamá, traía consigo varios peligros en los que al parecer nunca antes había nadie puesto atención. La calvicie, la ceguera, la locura, eran males de los que, según decían, tenía la culpa, en más ó menos grado, la perniciosa costumbre de cubrirse la cabeza.

Se rogaba con ahínco al público que se acordara de las razas primitivas y por civilizar de la especie humana, entre quienes jamás se oye esta impertinente pregunta: «¿Quién es su sombrerero?» Y se añadía con aire triunfante: «¿Quién ha visto nunca á un Bingo calvo?» La contestación era el silencio. Otro exclamaba: «Búsqueme usted un papuano con lentes,» y nadie

le encontraba. Luego un guasón demandaba: «¿Qué sabe usted de los manicomios de los Ashantis?» Ninguno sabía nada. Lo probable es que no los tengan.

Todas esas cosas servían para probar que en los países donde no se conoce el sombrero, la calvicie, la ceguera y reblandecimiento del cerebro son cosas en extremo raras. Al revés en Inglaterra, donde florecen los sombrereros, casi todas las personas que uno encuentra ó son calvos ó están en camino de serlo, y usan gafas; en cuanto á la locura, las estadísticas oficiales bien claro demuestran su creciente frecuencia.

Así fué que el movimiento de opinión contrario al sombrero recibió nuevo y vigoroso impulso é hizo muchos prosélitos dispuestos á andar con la cabeza al aire. En Piccadilly se veían tan pocos sombreros como en Capel Court, donde los bolsistas reciben con rechifla á todo el que trae cubierta la cabeza. «¡Fuera sombreros!» gritaban en Henley y en Hurlingham, y de Brighton y de Bognor



Canotier, 28°

se desterraban los *canotiers* de paja. Ciclistas y automovilistas entraron en la moda y cogieron abundante cosecha de resfriados; los sombrereros, taciturnos, se asomaban á las puertas de sus tiendas para ver pasar tantas cabezas descubiertas, unas negras, otras rubias, blancas ó entrecanas, cuales con el pelo corto, cuales

con melenas, hasta que se ocultaban, obsesionados por la idea de una próxima bancarrota, viendo su industria perdida.

Muy bien podrá suceder que el furor contra los sombreros del verano de 1904, helado por los rigores del invierno británico, decaiga y muera y no vuelva más á oírse hablar de él, relegado al limbo de los entusiasmos desvanecidos; pero también pudiera ocurrir que continuara y prosperara, dando solución al problema de la caída del cabello y á los de otros males.

Sin dar su opinión respecto á si es ó no acertado ir siempre sin sombrero, el autor de este artículo se limita á manifestar el resultado de varios experimentos encaminados á comprobar las variaciones de temperatura de la cabeza, según sea la cubierta que se la ponga, bien por exigencias de la profesión, de la costumbre ó del gusto. Ya un filósofo ha dicho lo conveniente que es conservar los pies calientes y la cabeza fresca si se quiere vivir mucho, y todos sabemos por experiencia lo desagradable que es cuando los términos se cambian, es decir, cuando tenemos la cabeza caliente y los pies fríos.



Sombrero de paja de Homburgo, 27°

bre de regular peso y estatura se sentó al aire libre durante un cuarto de hora; un termómetro colocado en el interior del sombrero de Panamá, que traía puesto, sólo señaló al terminar ese tiempo 25°.

Con esa misma persona se llevaron á cabo todas las demás experiencias sucesivas. En cada caso estuvo un cuarto de hora sentado al sol teniendo puesto un sombrero de distinta clase, dentro de los que se colocó un termómetro muy sensible á una pulgada de distancia de la cabeza. Todas se hicieron en un mismo día, siendo sensiblemente la misma la intensidad del calor solar.

Puede desde luego afirmarse que la mejor protección contra el sol, en un día caluroso del estío, es un legítimo sombrero de Panamá. Los experimentos realizados así lo demostraron de una manera concluyente. Su ligereza y condiciones para rechazar los rayos solares no tienen igual en ninguna de las otras clases de cubrecabezas.

Sigue en mérito el de paja fina de Homburgo; dentro de uno de ellos, exactamente en las mismas condiciones en que se probó el de Panamá, la temperatura registrada fué de 27°. Se ve, pues, que un buen sombrero de esa clase se aproxima mucho al costoso Panamá en cuanto á conservar la cabeza fresca en tiempo de grandes calores. Gran parte de este resultado depende, como es consiguiente, del peso del sombrero, y en este punto ninguno supera al de paja de Homburgo.

La diferencia de temperatura entre el popular ca-

notier de paja y su aristocrático pariente el Homburgo, resultó ser la misma que la que hay entre éste y el de Panamá. El *canotier*, debido á que se necesita darle más consistencia, está hecho de paja menos fina que la de los de las dos clases mencionadas y que le son superiores; por lo tanto es más caliente y más pesado. Es el menos á propósito de todos los de paja para preservarse del calor. En mi experimento marcó 28°, lo que es mucho tra-



Sombrero blanco de fieltro de Homburgo, 30°

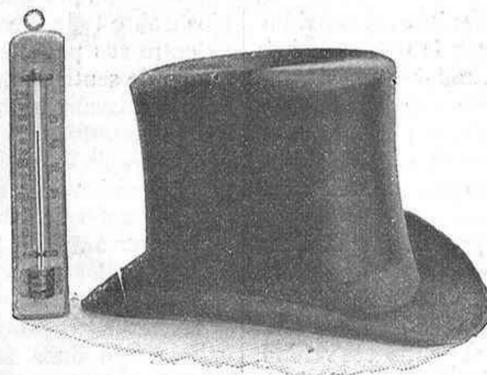
Algunos entusiastas del «¡Fuera sombreros!» afirman que es bueno para el hombre, ó á lo menos para su cabello, el permanecer descubierta horas enteras bajo los rayos de un sol abrasador. Podrá ser; pero á la generalidad de las personas les parecerá preferible en tal caso ponerse algo en la cabeza, y en su abono diremos que en el curso de las experiencias de que trata este artículo, un día en que el termómetro marcaba 33 grados centígrados al sol, un hom-

tándose de un sombrero hecho expresamente para el verano.

Habiendo ya hablado de los de paja, hablemos ahora de los sombreros de fieltro, blancos y flexibles. Aunque el que nos sirvió para las pruebas era en extremo ligero y de un matiz gris tan débil que permitía que se le llamara un sombrero blanco, resultó mucho más caliente que el *canotier* de paja. Su aspecto vistoso y elegante es sin duda causa del favor de que goza esta clase de sombreros entre muchas personas, que con facilidad podrían adquirir un Panamá, más costoso, pero más fresco en cinco grados, porque el termómetro colocado dentro de la copa del de fieltro, durante el tiempo señalado para las experiencias, llegó á marcar 30°.

Estas pruebas nos tenían reservada una sorpresa, á saber: que los sombreros de copa no son unos cubrecabezas intolerables, como generalmente se cree. Hace muchos años que se le acusa de ser el tipo de sombrero más molesto de cuantos se han inventado para uso de los ciudadanos; medio siglo ha estado sufriendo los denuestos de los que lo usan y que, á pesar de ello, continúan usándolo. Y sin embargo, bien miradas las cosas, hay que admitir que esa llamada monstruosidad de la indumentaria de los pueblos civilizados no es, ni con mucho, el horrible instrumento de tortura de que nos hablan. En realidad sostiene muy bien la comparación con otras clases de cubrecabezas. Relativamente es fresco y ventilado. Por lo menos el que nos sirvió para hacer la prueba era únicamente responsable de abrigar en su interior, durante la misma, una temperatura de 32°, que no es gran cosa para un sombrero de copa.

¿Por qué llevan los profesores y estudiantes de las universidades inglesas esa gorra parecida al chascás de los lanceros polacos? Parece que las gentes que estudian mucho necesitan tener la cabeza fresca; sin embargo, usan una quisicosa de muy extraña forma y muy ajustada, con frecuencia pesada y hecha de materiales que dan mucho calor. Ese gorro podrá ser bueno para llevado en los meses fríos,



Sombrero de copa, 32°

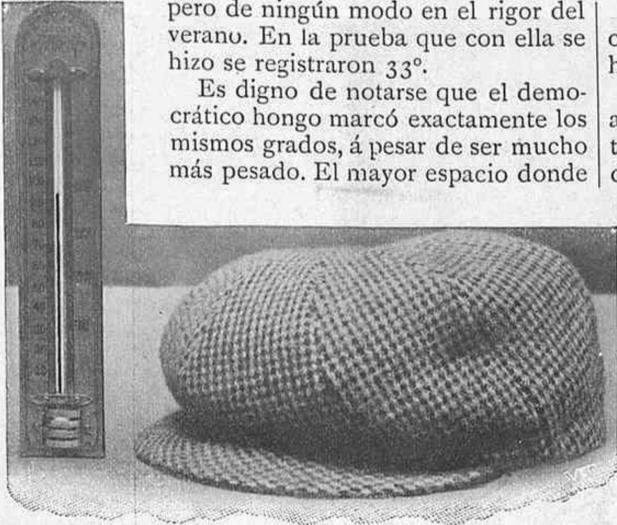
que las gentes que estudian mucho necesitan tener la cabeza fresca; sin embargo, usan una quisicosa de muy extraña forma y muy ajustada, con frecuencia pesada y hecha de materiales que dan mucho calor. Ese gorro podrá ser bueno para llevado en los meses fríos,



Hongo, 33°

pero de ningún modo en el rigor del verano. En la prueba que con ella se hizo se registraron 33°.

Es digno de notarse que el democrático hongo marcó exactamente los mismos grados, á pesar de ser mucho más pesado. El mayor espacio donde



Gorra escocesa, 34°

La gorra escocesa que se usa para montar en bicicleta, locomóvil, etc., registró un grado más que el hongo y que el gorro universitario.

Ya sabemos que la vida del policía no es de lo más agradable. Tal vez una de las causas que á ello contribuyen es el verse obligado á llevar, durante los días calurosos del estío, un pesado casco. Aunque, en realidad, es más ligero de lo que aparenta, sin embargo, con sus adornos de metal, armazón y cadeneta es cuanto humanamente puede llevar, durante el servicio del mediodía, un policía cuyo vigor no sea extraordinario, sobre todo cuando el sol del estío se deleita be sando los adornos de metal y no quiere de ellos apartar los labios; al mismo tiempo, el color y los materiales de que está compuesto el casco parece que los han elegido para que den todo el mayor calor posible. Sometido á la prueba, el termómetro subió á 36°, que ya es bastante subir.

Hay, según se ha demostrado, otra forma de cubrecabezas todavía más calurosa que el casco de la policía, y es la gorra que se usa á bordo de los yates y para montar en automóvil. Cuando esa gorra se usa para el objeto á que está destinada, pue-

de ser que resulte cómoda, pero colocada en la cabeza de un ciudadano cualquiera que ande, aunque sea por corto tiempo, bajo un sol abrasador, resulta un verdadero horno y alcanza una temperatura de 37°.

Debemos hacer presente que las pruebas se efectuaron al azar y que para mayor inteligencia las hemos colocado



Gorra para yate ó automóvil, 37°

alojar aire que tiene este último, compensa, sin duda alguna, su mayor peso, comparado con el pintoresco gorro universitario.

luego por orden, partiendo de la temperatura más baja hasta la más alta.

H. J. HOLMES.

PUBLICACIÓN NOTABLE

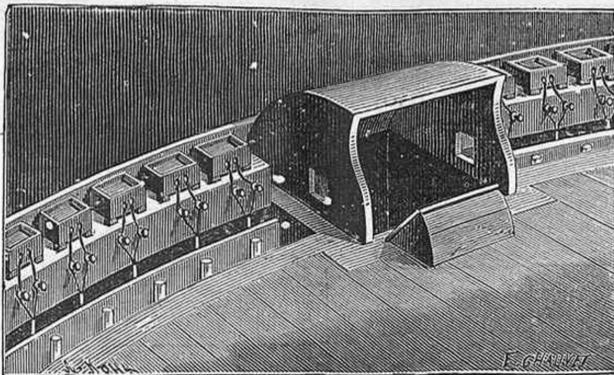
EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas



Muestra de los grabados de la obra. — Audiciones telefónicas teatrales

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra. Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadrados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904
Alcohol de Menta de
RICQLÈS
(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
CALMA la SED, SANEA el AGUA
Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION
COLERINA
AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO esquisito
PRESERVATIVO contra las EPIDEMIAS
Pedir el RICQLÈS
De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

PECHO IDEAL
Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de P. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



El hereje, cuadro de Frank Craig

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
 LOS VERDADEROS Y EFICACES
 PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD
 ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

Frasco 5 fr.

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso.

en Paris
 B^{is}-DENIS, 48

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD
 CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL**
 Vicios de la Sangre, Herpès, etc.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.

Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
 Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN